

100



Amlich (MTPAPOISO)

JUNY

УИНСОВ (УИРЕИЯУ)

КИНОСОВ (УИРЕИЯУ)

100

УИНСОВ

УИРЕИЯУ

LIOS DE LA VIRGEN



OPOR
MARIA

TERRY

oria

TERRA

IDILIOS

—○ DE ○—

LA VIRGEN





FA-757

IDILIOS

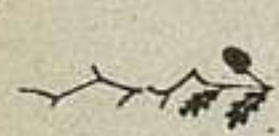
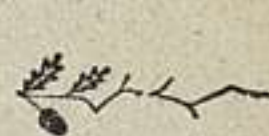
— DE —

LA VIRGEN



COLECCIÓN DE LEYENDAS Y CUENTOS
PARA SERVIR DE AMENA É INSTRUCTIVA LECTURA
Á NIÑOS Y NIÑAS

POR

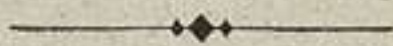
 **MARÍA TERRY** 



CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

ANTONIO J. BASTINOS



Ilustraciones de CUCHY y otros artistas



BARCELONA

LIBRERÍA DE ANTONIO J. BASTINOS, EDITOR

CALLES DE PELAYO, 52 Y CONCEJO DE CIENTO, 306

1900

IMPRESORES

ES PROPIEDAD DEL EDITOR



ES PROPIEDAD DEL EDITOR



Hijos de Jaime Jepús, impresores, Notariado, núm. 9.—Teléfono 131.



CARTA-PRÓLOGO



Sra. D.^a María Terry.

MUY distinguida señora mía: Debo á V. una explicación del motivo que me ha inducido á no publicar esta obrita en la pequeña BIBLIOTECA ELVIRA, colección selecta de cuentos morales dedicados á la infancia, por escritoras tan conocedoras de este género literario como Grassi, Morales, Saez de Melgar y Asensi.

Ese motivo es de orden moral; sus Cuentos tienen el interés de los escritos por esas señoras, y compiten con ellos en méritos literarios; pero están inspirados los suyos en un misticismo poético, que los hace desemejantes, y por esta razón he querido que apareciesen en volumen aparte,

ya que, en el fondo, palpita en ellos una tendencia moral y social que les dan fisonomía propia y de todo punto característica.

El siglo que acaba llevará el sello materialista que lo simboliza; en su decurso se ha progresado mucho, se han abierto vastos horizontes al saber humano; el ingenio ha brillado como nunca, y obras estupendas dejan un mojón eterno del fruto enorme acopiado con el estudio y la audaz iniciativa.

Pero estos avances, de grandes resultados en todas las esferas de la vida humana, no sólo en su beneficio, sino también en su daño, han encarnado de tal modo la materia, que no sólo informa lo positivo los actos de las colectividades, sino que también se ha infiltrado en el seno de las familias, y hasta ha maleado á lo sumo los sentimientos individuales en todas las Naciones y en todas las clases sociales.

Dentro de ese ambiente material, no caben por cierto las tiernas expansiones, las creencias basadas en la fe, los sacrificios hechos sin compensación, el cariño á nuestros semejantes por amor á un Dios todo bondad y misericordia.

Todo eso y mucho más, ayer calificado de romántico, hoy de pueril, mañana de ilusión, es lo que he entrevisto en sus interesantes narraciones, comprendidas en el genérico título de **IBILIOS DE LA VIRGEN**.

Y es que nada hay en el mundo que tanto res-

ponda á la idea del amor puro y santo como María, modelo de la mujer, síntesis de todo bien, poesía eterna que llena nuestra alma de consuelos y esperanzas,

Bien ha hecho V. en mezclarla en todos los actos de los sucedidos que narra á la niñez, porque mientras su espíritu se ilumine con los suaves resplandores de sus cualidades y virtudes, recorrerá los ásperos caminos de la vida con seguridad y sin tropiezos, auxiliada con la gracia que emana de su benéfica protección.

Los ardientes problemas sociales serían muy fáciles de resolver si, inspirándonos en la Virgen, pobres y ricos siguiéramos los preceptos de amor y abnegación; pero resultan insolubles á la luz del egoismo y la soberbia.

¡La soberbia! Esta es nuestra peor cualidad; el hombre ha progresado mucho en el orden material, ergo el hombre es atleta omnisciente, y no puede, ni debe, ni quiere sujetar su juicio á la fe, á la tradición, al saber y á la voluntad de los demás.

¡Atleta y omnisciente! y un ligero dolor lo tumba en tierra, y todo el saber que acopia tras larga vida, no significa un átomo en el conjunto de las verdades adquiridas por la humanidad.

Ahí tiene V. explicada la causa de publicar su libro aparte; como apesar del siglo en que vivo y de la atmósfera que me rodea, yo sigo elevando la vista al Cielo para congradar á Dios y á la Virgen

por cuanto hago, consigo ó beneficio, creyéndolo sinceramente inspiración de lo alto, y como el creer constituye un beneficio no pequeño, es porque estimando que su obra responde al fin de educar á los niños en este sentido, he querido darle carácter y relieve especial.

Se reitera su afectísimo S.

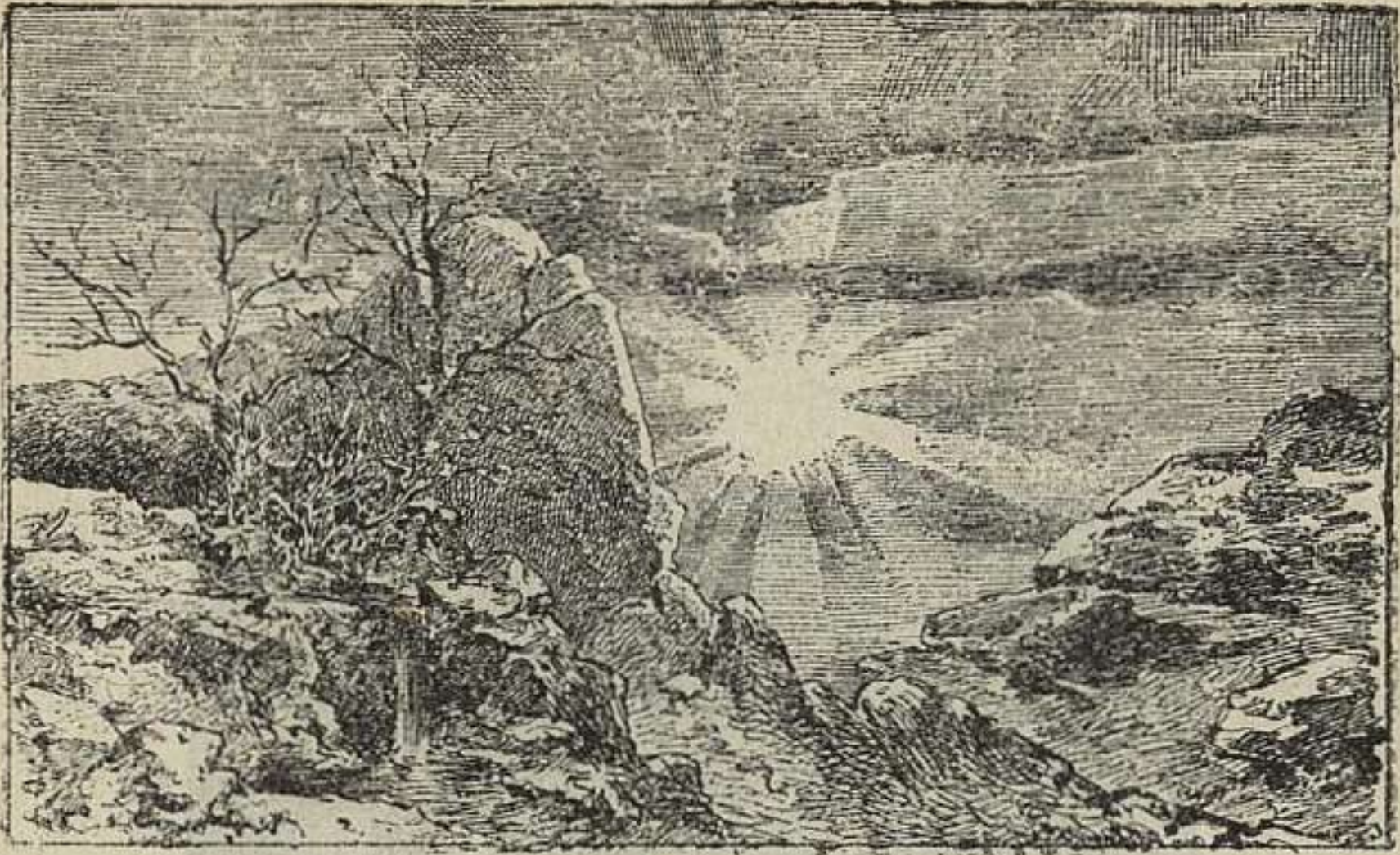
Q. S. P. B.

Antonio J. Bastinos

San Fausto (Villa Anita) 6 de septiembre de 1899.







FLORES DE NIEVE

I

¡Qué frío hacía! La nieve caía y la noche se acercaba.

Tony, el desvalido huerfanito, andaba por las calles con la cabeza y los pies desnudos.

Sus padres habían muerto hacía ya tiempo, y nadie se cuidaba de él. Todo su patrimonio consistía en los miserables hara-

pos que cubrían su cuerpo, y en una moneda de oro que una dama caritativa le había dado.



Sus pies se volvían amoratados por el frío; tenía mucha hambre; su cara revelaba el sufrimiento; ¡pobre criatura!

Los copos de nieve caían sobre sus rubios cabellos, graciosamente rizados en bucles alrededor de su cuello, ¿pero el niño podía pensar en sus rizados cabellos? Con la moneda de oro que la hermosa da-

ma le había dado, ¡podría comprarse tantas cosas! pan, ropas y sobre todo, flores, muchas y hermosas flores, para llevárselas á la Virgen—única madre que había conocido, porque la suya murió cuando era demasiado pequeño para acordarse de ella —al siguiente día había gran función en la Catedral. He aquí en lo que pensaba, mientras proseguía su camino, que la espesa y elevada capa de nieve que cubría las calles hacía cada vez más penoso, más difícil, induciéndole á temer que llegaría tarde porque la tienda de las flores estaría cerrada.

Sin embargo, ya había llegado á la plaza del mercado, casi el término de su trayecto, y ya, como á través de un velo, el escaparate de la tienda, todo iluminado, y en el cual se agrupaban las flores y las plantas de todas clases, se ofrecía á sus maravillados ojos, cuando un gemido ahogado le hizo volver la cabeza.

De pie, á poca distancia suya, encorvada, bajo el pórtico de una iglesia, transida de frío y próxima á desfallecer, encontrábase una niña algo más pequeña que él, y

cuya dulce fisonomía le pareció de una belleza tan sobrenatural, que durante algunos minutos la miró atónito, sin acertar á hablar.

—¡Pobre niña!—exclamó al fin.—Tú tienes más frío y más hambre que yo. Voy á darte mi moneda de oro. La guardaba para comprar flores á la Virgen; pero ella estará más contenta si te la doy.

Y tendió la pieza de oro á la niña, que la tomó con una sonrisa radiante y desapareció como una sombra. Tony, cansado por su larga carrera á través de la nieve, buscó un refugio bajo el pórtico de la iglesia.

II

La noche llegaba poco á poco; los comerciantes cerraban sus tiendas; los transeúntes obligados á atravesar la plaza del mercado para dirigirse á sus casas, desaparecían, y Tony estaba solo en su rincón, olvidado de todos, sufriendo horribilmente por el frío y por el hambre.

¡Si hubiera podido solamente arrastrarse hasta la tienda de las flores y pedir á Clemencia, que le quiere bien y le conoce hace tiempo, algunos céntimos para comprar un vaso de vino caliente, un poco de sopa!..... ¿quién sabe? quizá la jóven le invitaría á cenar y á pasar la noche en la tienda, como lo había hecho tan á menudo; pero á pesar de sus esfuerzos, el pobre niño no podía sacudir el extraño sopor que se apoderaba de él.

Quería dormir, pero el sueño huía de sus párpados, y atormentado por el hambre, que cada vez le hacía sufrir más, se agitaba en vano sobre su duro lecho, sin conseguir el reposo....

La nieve continuaba cayendo y el frío se hacía cada vez más penetrante.

Sin embargo, el ángel de los sueños atravesaba con rápido vuelo el espacio que media entre el cielo y la tierra. Al pasar por aquel paraje, el celeste mensajero se paró, movido de compasión, al contemplar los sufrimientos de Tony.

—¡Pobre niño!—murmuró—no has co-

nocido hasta ahora más que sufrimientos.
¡Descansa en paz!

É inclinándose sobre el pequeño cuerpo rígido é inanimado, tocó ligeramente con sus labios los del niño. En seguida, un suspiro de bienestar se escapó del oprimido pecho de Tony; su rostro se iluminó con una sonrisa radiante, y al fin se durmió tranquilamente.

III

Al despertar, Tony se vió no poco sorprendido al encontrarse en medio de las nubes, llevado amorosamente en los brazos del ángel, quien le elevaba á tanta altura, que las casas, los campanarios de las iglesias y las altas torres de las ciudades le parecían casi imperceptibles.

Tuvo miedo de la inmensidad del espacio y se agarró al cuello del ángel para no caer.

—No temas—dijo el celeste mensajero—en adelante ningún mal puede sobrevenirte.

Tony, un poco repuesto de su terror, fijó sus ojos completamente abiertos en aquel rostro tranquilo y majestuoso.

—Estoy muerto —decía.—¿Estaré muerto también mañana? —se atrevió á preguntar.



Un grupo de angelitos que volaban en pos de Misael para ejecutar sus órdenes, dejaron escapar una carcajada dulce y alegre, al oír esta pregunta.

—La muerte —contestó el ángel— no existe para tí, ni para tus semejantes, niño bien amado; ella no es más que el paso de la vida á una eternidad dichosa.

Misael se calló y una alegría profunda se dibujó en su semblante, pues se acerca-

ba á la Ciudad Celeste, y Tony, temiendo decir una tontería, no se atrevió á dirigirle pregunta alguna durante el resto del trayecto.

IV

Sin embargo, habian llegado hasta la puerta de la Ciudad Mística.

San Pedro vino á abrir acompañado de un angelito, cuya estatura era poco más ó menos la misma que la de Tony y que al verle palmoteó alegremente, exclamando:

— ¡Un niño, qué alegría! Hermanos, ¿dónde estáis? Venid pronto, nos traen otro niño.

A los gritos lanzados por el angelito sus compañeros acudieron en tropel, prorrumpiendo en exclamaciones de júbilo.

— ¡Calma! — dijo San Pedro con autoridad. — ¿No se diría al oiros que la llegada de un niño al cielo es una cosa inusitada?

— ¡Vaya! — exclamaron los ángeles en coro haciendo un mohín con el rostro; —

aquí no hay más que muchachas, y eso no es divertido.

—Sin embargo, son bien agradables—dijo San Pedro mientras miraba á Tony, que se agarraba á Misael con aire de duda.

—Las niñas no quieren más que jugar á las muñecas y eso nos fastidia—contestaron los ángeles;—con el niño haremos una buena partida de escondite. Y podremos jugar á la gallina ciega.

—Cuidadle mucho, os lo confío—dijo Misael, depositando su preciosa carga en el suelo.

—Ven á jugar, pequeñuelo—dijeron los ángeles arrastrando á Tony, que se encontraba todavía todo asustado.—Ven á jugar con nosotros en el jardín.

V

—¿Os parece que juguemos al escondite?—preguntó uno de los ángeles que pareció á Tony más alegre que sus compañeros.

—Hay que preguntar antes al niño si ese juego le gusta—observó otro angelito.

—Es verdad—repuso el que habló primero.—Niño, ¿te gusta jugar al escondite?

Tony, animado por la acogida afectuosa de los angelitos, respondió:

—Si quiero; ¿pero no podriais darme una de vuestras viejas túnicas para reemplazar mis harapos?

—¡Pobre Tony! Es verdad—dijeron á coro los ángeles, y en seguida dos de ellos empezaron á volar y volvieron inmediatamente trayendo una túnica azul tejida con plata y unos zapatitos de ese precioso metal.

Haciendo sentar á Tony sobre un macizo de hortensias, uno de los ángeles le colocó la túnica, mientras otro le calzaba, y otro, en fin, desenredaba sus dorados bucles.

—Aunque aquí no tendrás frío en los pies—dijo un ángel cuando hubo acabado de calzar al niño,—es más bonito llevar zapatos; pero cuando quieras quitártelos, llámame y te ayudaré.

Y diciendo estas palabras, llevaron á Tony hacia un hermoso lago, cuyos refle-

jos plateados le invitaban á mirarse en sus aguas.

El pobre niño vagabundo apenas podía reconocerse y no hacía más que pensar cómo podría ser aquello, y si bastaría morir para ser tan dichoso como él lo era. cuando la mayoría de las personas ven aproximarse la muerte con horror.

El juego del escondite comenzó alegre y animado, pero sea por su falta de costumbre ó porque se encontraba aun maravillado por tanto esplendor, lo cierto es que Tony se dejaba coger siempre y jamás lograba alcanzar á los angelitos, que se escondían detrás de las floridas lilas y de los arbustos, mientras le gritaban: ¡Aquí estoy!

Al fin, cansado de tanto correr por un lado y otro, sentóse sobre un banco de césped, verde como una esmeralda, y se puso á reflexionar acerca del cambio acaecido en su existencia.

Un ruido de pasos le hizo volver la cabeza y vió venir á un ángel desconocido hasta entonces para él, vestido con una túnica rosa pálido bordada de oro, con unas

alas resplandecientes y unos grandes ojos azules y unos cabellos rubios rizados como los suyos.

—Sé bien venido, hermanito, dijo el ángel sonriendo. Acabas de llegar según he oído. Me llamo Hélios y he recibido el encargo de distraerte. ¿Quieres dar un paseo en barca?

VI

—¿Quieres darles pan?—preguntó Hélios á Tony al verle extasiado ante los preciosos peces de todos colores que nadaban en la superficie del lago.—Son muy mansos y vendrán á comer á tu mano.

Tony dió repetidas gracias á su compañero, confesando que jamás se había divertido tanto. Las pequeñas barcas conducidas por ángeles, en las cuales se paseaban algunos niños y niñas de su edad que le sonreían como á un antiguo conocido; los pececillos de oro y de plata que venían á comer tranquilamente en su mano, mirán-

dole con una expresión que parecía decir «gracias»; las anguilas rojas como la púrpura y de las cuales, al sumergirse en el fondo de las aguas, parecían brotar chis-



pas azuladas; las anchas hojas de las rosas marinas, que brillaban con los colores del arco iris, todo eso divertía á Tony extraordinariamente.

VII

Llegaban ya cerca de la orilla, cuando Tony oyó que le llamaban. Al volver la cabeza vió de pie al otro lado del agua á los ángeles á quienes había encargado Misael que le cuidaran cuando llegó.

—¡Pícaro Tony!—exclamaron con tono de reproche;—mientras nosotros corremos de un extremo á otro del Paraíso en busca tuya, tú te diviertes en dar la vuelta al lago. ¿Por qué te has escapado así?

Tony, confundido, no sabía qué responder. Por fortuna, Hélios acudió en su ayuda.

—No les escuches, hermanito. Son unos aturdidos que te dejarían plantado, como acaban de hacerlo.

—Es culpa vuestra—prosiguió Hélios, dirigiéndose tranquilamente á los otros ángeles.—Si no le hubierais dejado solo, eso no habría sucedido.

—Adios, Tony—gritaron los ángeles alejándose;—estamos muy incomodados contigo.

—Cuando te sientas cansado de su compañía, volverás á nosotros—añadieron varios ángeles riendo.

—Ven conmigo, mi Tony—dijo Hélios—ven á ver la estufa.

VIII

Tony, que seguía con la mirada á un grupo de niñas que jugaban con los ángeles á la gallina ciega en los grandes salones y en las azoteas que atravesaban en aquel momento, hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Quieres jugar con ellas?—preguntó Hélios.

Y como Tony respondiera que prefería ver las flores, su compañero le condujo hacia unas praderas muy llanas y arenosas, donde algunos muchachitos arrastraban unas carretillas llenas de hermosas frutas, en tanto que otros jugaban al marrro y bailaban en corro con los ángeles, lanzando sonoras y alegres carcajadas.

Entretanto, habían llegado á la última

sala, en el fondo de la cual abríase una puerta que daba al jardín.

¿Eran palmeras ó plantas acuáticas colosales lo que crecía allí?

Jamás Tony había visto unos árboles tan bellos ni tan vigorosos, y admiraba atónito aquellas largas guirnaldas formadas por plantas raras entrelazadas, semejantes á las que únicamente había visto pintadas en oro y en colores en las márgenes de los antiguos libros de oraciones, expuestos en los escaparates de los comerciantes.

A poca distancia se encontraban una colección de pavos reales con sus brillantes colas abiertas; pero al acercarse á ellos y tocarlos, Tony vió que no eran sino enormes hojas de resplandecientes colores.

En medio del jardín alzábase un inmenso árbol, cuyas ramas sostenían manzanas de oro, grandes y pequeñas, y que relucían entre sus verdes hojas.

Cada hoja dejaba caer una gota de rocío, rojo y brillante, como una lágrima de sangre.

Varios ángeles correteaban bajo las flo-

ridas lilas y las orquídeas, cortando aquí, arrancando allá... Era un espectáculo encantador.

—Este es el árbol de la ciencia—dijo Hélios á Tony, quien fijaba sobre el ángel sus ojos extremadamente abiertos y en ademán de preguntar.

En aquel momento unos ángeles, que estaban entretenidos en regar un bosquecillo de rosales rojos, encima de los cuales brillaban unas flores blancas como las estrellas, se acercaron á Tony y le presentaron una regadera de oro, diciéndole con una sonrisa:

—¿Te divertiría el ayudarnos hermanito? El trabajo no es pesado, porque aquí la primavera es eterna y las flores no se marchitan jamás.

IX

Al salir del jardín, Tony y su conductor entraron en un gran salón, construido con azucenas de una blancura sorprendente y cuyos filamentos amarillos eran cada uno

una pequeña arpa de oro que producía los sonidos más encantadores.

Allí se encontraron rodeados de mil figuras, todas á cual más bellas. Eran los bienaventurados, que sonreían y cantaban, confundiendo sus voces en una inmensa armonía.

El sol descendía en el horizonte, y el cielo tomaba un tinte dorado y rojizo que daba á las azucenas el esplendor de las rosas.

El fondo del salón se abrió y la Madre del Salvador, con un ropaje más brillante que el sol, y sonriendo con ternura, apareció rodeada de ángeles, llevando cada uno una estrella brillante en los cabellos; y Tony, que la contemplaba maravillado, encontraba en Ella un singular parecido con la niña que había visto bajo el pórtico de la iglesia...

Y las azucenas de que estaba construída la sala se fundían poco á poco en copos menuditos y ligeros como la pluma de cisne, y Tony se encontraba de nuevo sobre la nieve fría y dura, en tanto que la Madre de Jesucristo se inclinaba hacia él y le besaba.

—¿Me conoces?—dijo la Virgen con una dulce sonrisa.—¿Te acuerdas de una niña á quien diste tu moneda de oro? Era yo.



En recompensa de tu caridad, querido niño, en adelante ya no sufrirás más ni el frío ni el hambre y la nieve florecerá sobre ti, porque has amado mucho.

En el mismo momento, los copos de nie-

ve se cambiaron en azucenas, en orquideas y en rosas, que descendían sobre él y le cubrían, mientras los ángeles entonaban una melodía encantadora y la Virgen se elevaba poco á poco y desaparecía entre las nubes de oro y de incienso que la rodeaban.

X

Sentado sobre una enorme silla, con los pies colgando bien distantes del suelo, Tony comía una excelente rebanada de pan y manteca, mientras Clemencia arreglaba el escaparate de su tienda y la abuela hilaba cerca del fuego.

Esta, que miraba al niño con aire bondadoso, le preguntó de improviso:

—Tony, ¿quieres quedarte con nosotras? Tendrás vestidos nuevos y rebanadas de pan y manteca, y buena sopa, y carne, muy á menudo. En fin, te trataremos como á un niño mimado, y serás dichoso como un pequeño rey. En cambio, podrás hacernos los recados y ayudar á Clemencia

á cuidar del almacén. Dime, ¿eso, te convendría?

Y viendo que Tony fijaba sobre ella, con los ojos extremadamente abiertos, una mirada vaga sin pronunciar una palabra, la buena mujer añadió:

—Eso es mejor que correr por las calles con el peligro de morir de hambre y de frío, lo cual hubiera podido sucederte la otra noche bajo el pórtico de la iglesia, si Clemencia, inquieta por tu ausencia, no se hubiera apresurado á ir á buscarte.

Tony, por toda respuesta, rodeó con sus pequeños brazos torneados el cuello de la anciana, depositando en su arrugada mejilla el más sonoro de sus besos, después de lo cual corrió á arrojarse en los brazos de Clemencia.

—¿Cuándo pienso que hubieras podido morir si llego cinco minutos más tarde!— dijo la joven temblando todavía al recordar el peligro á que había estado expuesto su pequeño protegido.

—Cuando uno se muere, es muy feliz— dijo Tony con tono sentencioso é hincando

con el mayor apetito sus dientes en la rebanada de pan y manteca.

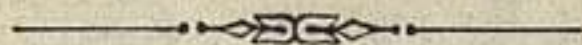
—¿Qué sabes tú?—exclamaron las dos mujeres á la vez.

Pero Tony sabía de ello lo suficiente, y bien á menudo, durante las largas veladas de invierno entretenía á las dos mujeres, que le escuchaban con la boca abierta, contándoles las maravillas que había visto, según afirmaba resueltamente, durante su estancia en el Paraíso.





EL SUEÑO DE ROSALÍA



Al caer la tarde, tres aldeanas volvían del campo cogidas de la mano y disputando con calor.

—Os aseguro—decía la de en medio, que se llamaba Rosalía—que de las tres virtudes teologales, la más bella es la Caridad.

—Yo prefiero la Fe—respondió una de sus compañeras, de fisonomía seria y reflexiva.

—Y yo la Esperanza—le interrumpió la tercera, niña de diecisiete años, rubia como el trigo, de ojos vivos y rostro alegre.

En este momento llegaron á casa de Rosalía, le dieron las buenas tardes y siguieron su camino.

La joven quedó parada en el quicio de la puerta, fijó sus ojos en sus compañeras y no los separó de ellas hasta que las perdió de vista; después penetró en el interior



de su morada, sentóse al hogar, apoyó su cabeza en ambas manos y dejó volar la imaginación á su antojo, hasta quedar profundamente dormida.

Crejó entonces estar sentada á la puer-

ta de su cabaña, situada á la entrada del pueblo, y que venían hacia ella tres damas cuya espléndida belleza y relevante majestad llamaron grandemente su atención.

Parecianse mucho, aparentaban tener la misma edad y el mismo aire de familia; sin embargo, la del centro era algo mayor que las otras, más resplandeciente su belleza y más majestuosa toda su figura.

Iba vestida, ó más bien envuelta de arriba abajo, en un manto blanco como la nieve; eran sus ojos de azul oscuro, y sus cabellos, de color castaño dorado, caían sobre sus espaldas formando un admirable contraste; sus dos hermanas vestían, la una túnica roja y la otra verde esmeralda.

—¿Quién sois?—preguntó Rosalía con curiosidad y respeto, á la primera viajera apenas estuvo delante de su puerta.

—Soy la Caridad—contestó ésta con acento tan dulce y melodioso, que la aldeana sintió estremecerse todo su sér; el mundo entero es mi patria y los hombres todos mis hermanos; mi traje es blanco, es decir, apropiado á todas las situaciones de la vida: con él puedo enterrar á los

muertos y consolar á los vivos; asistir á sus duelos y á sus regocijos; mi misión es llorar con los que lloran y alegrarme con los que se alegran.

Soy la madre de los huérfanos, la hermana de los pobres, la amiga de los afligidos, el socorro de los desgraciados; visito el palacio y la cabaña, paso de uno á otro campamento disputando su presa á la muerte cuando truena el cañón en los campos de batalla; un solo vaso de agua dado por mi conducto, en nombre de aquel de quien procede, asegura al que lo da la felicidad eterna; en fin, hija mía, mi corazón está lleno de amor por todos, y encuentro mi mayor felicidad en hacer bien á todos.

—¡Ah! vos sois señora, la reina de todas las virtudes—respondió la aldeana en un arranque de entusiasmo;— á nadie más que á vos quiero seguir, y deseo formar mi corazón por el vuestro.

—Antes de decidirte—contestó la Virtud con una dulce sonrisa—interroga á mis hermanas; quizá su misión te será más agradable.

Rosalía movió la cabeza con aire de duda, y se dirigió á la segunda dama, preguntándola:

—¿Cuál es vuestra misión?

—Yo soy la Fe—respondió ésta, después de fijar en la joven sus grandes y hermosos ojos garzos, que despedían torrentes de luz.—Yo soy la que crea los confesores y los mártires; la única que consuela á los que todo han perdido en el mundo; la que infunde su aliento en los pueblos esclavos y los lleva contentos á morir por la patria; la que hace que el misionero arrostre la muerte antes que negar á Dios, y que la débil niña viva feliz en el claustro, viendo suceder hasta el fin de su vida las oraciones y las flores sobre el santuario; yo soy, por último, el alma de las generaciones que pasan por la tierra con la vista fija en el cielo, y es tan grande mi fuerza, que puedo llevar de una á otra parte los más altos montes.

—Sí; vuestra misión es sublime—respondió Rosalía—y quizá algunos os prefieran á vuestra hermana. ¿Y vos?—añadió volviéndose hacia la última dama, que

hasta entonces había permanecido silenciosa.

—Me llamo la Esperanza—dijo, y en el fondo de sus ojos negros brilló un rayo de sol inextinguible.—Yo soy la que murmu-



ra al oído del desgraciado palabras de consuelo, llenas de inefable ternura; visito el hospital y el presidio y por mí viven resignados los seres infelices que allí se albergan; cuando el sol se oculta, me acer-

co á la niña enamorada que vaga triste por el bosque, y mis acentos la colman de dicha y alegría.

A los que lloran la muerte de un sér amado, yo les digo: esperad, la separación no será eterna, algún día os reuniréis en el cielo; por mí va el soldado á la lucha con la sonrisa en los labios, el marino se remonta á mares desconocidos, el artista trabaja noches enteras en su obra, y el condenado á muerte concilia el sueño; visito sobre todo á los desgraciados, consuelo en su desventura y sostengo sobre su dolor á las pobres almas del purgatorio, privadas por sus pecados de la presencia de Aquel de quien yo y mis hermanas procedemos, y es, en fin, tan grande mi poder que con sólo presentarme á las puertas del infierno quedaría convertido en una mansión de delicias.

—¡Ah!—exclamó Rosalía.—Hija del cielo, cuán grande y sublime es vuestra misión! quiero seguiros, deseo imitaros, ¿queréis ser mi maestra?

Una sonrisa divina iluminó el rostro místico de la Virtud; fijó su mirada dulce

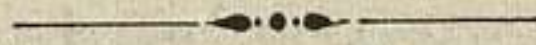
y serena en la niña que estaba á sus pies, y después de mirar á sus hermanas, murmuró al oído de aquella estas palabras:

«Quien ame á una de nosotras, ha de amar á las tres. Somos inseparables.»





LA ROSA BLANCA



*Rosa mística,
Ora pro nobis.*

No abundan hoy los milagros, porque la fé se ha extinguido en los corazones; el dia en que se reanime volverá á transportar las montañas como en aquellos tiempos en que ocurrió la conmovedora historia que voy á narrar.

En uno de los mejores castillos de la Bretaña habitó en el siglo XII Berta, condesa de Senil.

Habiase retirado á él, después de la muerte de su noble esposo, inmolado en

los campos de Palestina, y se ocupaba en educar al santo temor de Dios á su hijo Roberto, y en ser, por su caridad y ardiente amor á los pobres, la providencia de la comarca.

El heredero al feudo de Senil, poseía los mejores sentimientos y las más nobles inclinaciones; podía decirse que compartía su vida entre servir á Jesucristo con la piedad más sincera y rodear á su madre de toda clase de atenciones, haciéndole experimentar momentos de una felicidad que creía haber perdido para siempre.

Roberto cayó gravemente enfermo, y jamás madre alguna cuidó á su hijo con mayor esmero y ternura, pasando largas horas á la cabecera de su lecho, observando los progresos de una enfermedad desconocida en aquel rostro, para ella tan querido.

Los médicos más famosos desfilaron por la alcoba del doliente, examinándole con atención; ninguno atinaba con su mal, pero movían con pena su cabeza, y su rostro dejaba adivinar que no tenían esperanza alguna en su alivio.

Un día, la condesa abandonó la cabecera del lecho donde yacía su hijo, dejándole confiado á sus damas, y salió al jardín á respirar el aire libre; sumergida en tristes meditaciones, pero siempre confiando en Dios, fué alejándose insensiblemente hasta internarse en el bosque vecino.

El silencio que reinaba en aquel sitio, lo abrupto de él, su espléndida y severa majestad, parecía como que invitaban á la meditación y á la plegaria, convidando al alma á uno de esos sublimes coloquios en que la criatura se remonta hasta su Creador en alas de la oración.

Fatigada la condesa Berta sentóse al pie de gigantesco nogal, continuando absorta el rosario que hacía poco había empezado, para interesar más aún á la Virgen en pro de la salud de su querido Roberto. De repente, al decir *Rosa mistica, ora pro nobis*, sintió un movimiento interior que agitó todo su sér y cayó de rodillas exclamando:

«¡Oh! Maria, tú que sufriste tanto, viendo los dolores de tu Hijo Divino, ruégale ahora que cure al mío.»

Abrióse de repente el árbol y apareció

en el fondo de su tronco la Virgen María, dulce, majestuosa, divina, rodeada de una aureola de luz, teniendo en su mano derecha una rosa blanca.



«Vé—dijo—pon esta rosa en un vaso de agua, consévala siempre, y tu hijo recobrará la salud.»

Cuando la condesa, no bien repuesta de su emoción, quiso dar gracias á la Virgen, ésta había desaparecido. Acto continuo corrió al castillo, y colocó, sin perder tiempo, la rosa blanca en el agua.

Roberto se puso bueno, y la condesa, obediente á la voz de María que le había dicho que conservase la rosa, la tenía constantemente fresca en un vaso al pie de un hermoso crucifijo. Un día en que estaba recogida y en oración sintió al lado suyo un suspiro comprimido, volvió la cabeza y vió una niña de cinco años que lloraba amargamente.

—¿Qué te sucede?—le preguntó Berta.

—¡Ay! señora—le respondió la pobre niña sin poder reprimir sus lágrimas,—mi madre se está muriendo de una terrible enfermedad del pecho, y no hace más que suspirar y pedir esa hermosa rosa blanca que teneis ahí, pues dice que sólo en ella está su salvación, y yo, señora, por esto vengo á pedirlosla.

La noble dama luchó un momento entre su amor de madre y su caridad; miró alternativamente á la niña y á la rosa blan-

ca, objeto de los deseos de la pobre moribunda, y se inclinó á complacerla; pero



recordó también á su hijo y temió perderle si se desprendía de la celeste reliquia;

por fin se arrojó á los pies de la imagen de la Virgen que allí estaba, exclamando con los ojos llenos de lágrimas: «Madre del Divino Redentor que ves la angustia de mi pobre corazón, tú que concedes todo lo que se te pide con un fin recto, salva á mi hijo y perdona mi desobediencia.»

Acabada la plegaria cogió la rosa blanca y se la entregó á la niña.

En el mismo momento, en el lugar que esta ocupaba apareció un ángel resplandeciente de luz y de belleza, que dijo: «El Señor me había encargado probar tu fe y tu caridad, noble señora; y está contento de tí. Una y otra virtud se perpetuarán en tu raza en la sucesión de los siglos, y de ella saldrán santos para el cielo y héroes para la patria.»

Y dicho esto, desapareció el mensajero celeste.

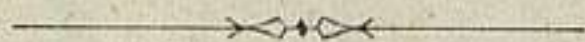
En el sitio mismo de la aparición de la Virgen hizo construir la condesa Berta un monasterio, que conservó el nombre de la Rosa Blanca, hasta que las hordas del general Hoche lo demolieron en tiempo de la Convención.

No contenta con esto, á partir de aquel día, el centro del escudo de los Senil se aumentó con un nuevo cuartel, en cuyo fondo se ostentaba la rosa blanca, y al pie de ella, á guisa de mote, la invocación de la letanía de la Virgen que va á la cabeza de esos renglones.





LA HIJA DE LOS ASTROS



En una hermosa noche cuajada de estrellas, levantaba un ángel su vuelo hacia la región celeste, llevando en brazos el alma de una mendiga que acababa de espirar.

—Mensajero del Altísimo—le preguntó una estrella —¿dónde vas?

—Voy á llevar al cielo el alma de una pobre mujer que deja abandonada y sola en la tierra á una niña infeliz.

—Su suerte me estremece—dijo el astro

con compasión;—¿qué será de la pobre niña?

Su vecina hizo la misma observación á su compañera, que la repitió á otra, ésta se lo dijo á la de más allá, y el rumor llegó hasta la Luna, que estando esa noche de buen humor, tuvo compasión de la pobre huérfana y se ofreció á adoptarla.

Las buenas estrellas, entusiasmadas con esta idea, la comunicaron al Angel, suplicándole que les trajese la niña tan pronto como hubiese depositado el alma de la madre en el seno del Señor.

Apenas habían proferido esta súplica, cuando el Angel de la Guarda de la niña, que la había oído, cogió á la chiquitina en brazos, y elevándose hacia la esfera sideral confió á las estrellas su preciosa carga.

Gran fiesta y gran jolgorio hubo en casa de doña Luna, para celebrar la adopción de la infeliz abandonada, y hasta se envió con toda urgencia un mensajero al palacio del Rey de los Astros, para rogarle que se hiciese cargo de la tutela de la niña.

El señor de Sol estaba ese día de buen humor también y se dignó acceder gracio-



samente á lo pedido, no faltando, por lo tanto, más que encontrar un padrino ilustre, digno de figurar en las pilas bautismales al lado de doña Luna.

El Arco Iris se ofreció galante y aun se brindó á obsequiar á su ahijada con un traje de cada uno de los colores que forman su rutilante vestimenta. El bautizo, pues, se celebró en el acto con gran solemnidad y pompa, y las fiestas y regocijos duraron más de ocho días.

Lunita, que tal es el nombre que á la niña se puso, se veía muy querida y mimada en el palacio del astro de la noche, y considerando que los mortales no pueden disfrutar de una dicha perfecta más que en el cielo, era todo lo feliz que podía esperarse. Sin embargo, pasaba algunos ratos aburridos por falta de compañía, y aunque las buenas Estrellas hacían todo lo posible para divertirla, echaba de menos á un niño de su edad con quien jugar y reír.

Con este afán pasaba la mayor parte del día asomada á una ventana de la mansión de su madrina, desde donde se veían muy bien todos los incidentes que ocurren en

este pícaro mundo. Desde aquella ventana veía cosas que llamaban singularmente su atención; pero lo que más le interesaba y complacía eran los niños de su edad: á unos les veía jugar acompañados de sus madres ó institutrices en hermosos jardines y frondosos parques; á otros, menos dichosos, en sucias callejuelas ó pobres casas, y sucedió que el preferido entre todos no fué uno de esos niños blancos y rubios, vestidos con tanta elegancia, verdaderas monadas, que dan ganas de comérselos á besos y que saltan y juegan dichosos, sin pena ni cuidado, sino un infeliz basurero, muy niño y muy desgraciado, abandonado á la merced de un padre borracho y brutal, y que casi nunca se dormía sin regar con lágrimas su miserable jergón.

Un día que la infeliz criatura había recibido de su padre desnaturalizado una paliza más seria que de costumbre, Lunita, con el corazón henchido de ternura y de piedad, corrió á arrodillarse á los pies de su madrina, suplicándole por Dios y por los Santos que tomase bajo su protección al pobrecito.

Desgraciadamente aquella tarde estaba doña Luna de muy mal talante, porque hacía ya algunos días que ciertas nubes mal criadas le impedían, á pesar de sus esfuerzos, lucir sus brillantes encantos á los ojos de los mortales, y por eso sin duda respondió con palabras duras y reproches á la niña, la que asustada salió de la habitación y fué á sentarse al dintel de la puerta junto al camino.

Al poco rato le sorprendió un cortejo de hermosísimos niños, vestidos con relumbrantes túnicas, entre los cuales se deslizaba majestuosamente una señora de hermosura incomparable. Era la Santísima Virgen que, acompañada de sus ángeles, volvía de hacer su visita de los sábados al Purgatorio, donde había ido, según una piadosa tradición, á sacar almas y á consolar á las que no han pagado todavía su deuda á la Divina Justicia.

Las lágrimas que corrían por las rosadas mejillas de Lunita, excitaron vivamente la ternura de su corazón maternal; y parándose delante de la afligida niña le preguntó con voz dulcísima la causa de su

pena. Animada por la piadosa señora, la niña le recitó sus cuitas, pero la Luna, que estaba haciendo la colada y era muy curiosa, acudió al rumor de las voces, dejándolo todo para saber de qué se trataba.

Al ver á la Madre del Salvador se deshizo en reverencias:— «¡Ah! señora Virgen, que Vuestra Majestad se digne perdonarme el que me presente así: no esperaba semejante honor.» Francamente, la apreciable señora no llevaba los días de colada sus mejores galas.

—Estaba preguntando á vuestra ahijada la causa de su pena,—dijo la Virgen sonriendo.

—Es una picarona—respondió la Luna mirando de reojo á la niña;—una ingrata que no está contenta, cuando tantos niños, Señora, quisieran hallarse en su lugar. Bien alimentada, bien vestida, como una princesa, tratada con el mayor cariño, ¿qué más puede desear? Pues bien; casi no me atrevo á repetirlo delante de Vuestra Majestad. ¿Sabe Vuestra Majestad lo que acaba de pedirme? Vuestra Santidad se

escandalizará, vuestros ángeles se cubrirán el rostro de vergüenza: «Necesita, quiere un niño de su edad para que le haga compañía.»

—Pobrecita—dijo la Madre de Dios.—
¿Te aburres mucho aquí?

—Sí, Señora, porque la madrina está siempre muy ocupada, las Estrellas juegan conmigo algunas veces, pero...

—¿Quieres uno de mis ángeles por compañero?

Lunita miró al cortejo de hermosos niños tan gallardos, con sus túnicas azules y blancas: ¡parecían tan dichosos! y vaciló antes de contestar; pero haciendo un esfuerzo de valor, dijo por fin:

—¡Oh! Señora Virgen—fijando en la Reina del Cielo sus ojos suplicantes,—¡Hay en la tierra un pobre niño tan desgraciado, que no tiene madre, y su padre le pega sin cesar; yo le veo llorar desde mi ventana, y el pobrecito tiene tanto frío y tanta hambre!

La Virgen, que escuchaba á Lunita, acariciando los bucles de su cabecita rubia, interrogó con la mirada á su divino cortejo.

—Es Gildo el basurero—dijeron con una sonrisa los Angeles.

—Dádmelo, Señora Virgen, para que le haga dichoso—dijo la niña arrodillándose á los pies de María.

—Hijita mía, tu oración ha sido oída—dijo la Madre de Dios ayudándola á levantarse.—Mira.

La niña dirigió los ojos á la tierra y vió que en aquel instante entraba un ángel en casa del basurero, que dormía tranquilamente; vió que lo tomaba en sus brazos y que se lo llevaba volando. Llegado al palacio de la Luna, dejó al niño, que seguía durmiendo, y continuó su vuelo hacia la Región Celeste.

—¡Jesús, qué sucio! yo no le admitiré nunca en mi casa—dijo doña Luna, cuyo mal humor aumentaba.

Lunita, inclinada sobre el niño inconsciente, murmuró sollozando:

—¡Oh! madrina, tened piedad de él; ¡es tan desgraciado!

—No—dijo la Luna hecha una fiera—le despido y te despido con él. ¡Fuera de aquí, vagabundo!—dijo con dureza, sacu-

diendo al niño, que despertó sobresaltado.
—¡Vamos, largo de aquí!

—Tened compasión de nosotros, madri-
na—dijo Lunita llorando.

En cuanto al basurero, el pobrecito mi-
raba con ojos aturcidos creyendo todavía
soñar.

—¡Vete, ingrata, mala pécora!—exclamó
el astro furibundo—y llévate en el acto á
tu protegido, si no....



—Ven, basurerito; no nos quieren aquí
—dijo Lunita, tratando de llevarse á su

amigo, que no se daba cuenta de lo que le pasaba.

—Muy dura sois con estos pobres niños —dijo la piadosa Virgen á la Luna, con un tono de dulce reconvención.

—Estos niños no me sirven de nada, Señora Virgen—respondió confusa;—no harían más que estorbarme; la pequeña me ha dado ya bastante guerra.

Lunita y el basurero se aproximaban, espantados, uno al otro.

—¿Dónde ireis, mis pobres niños?—les dijo con compasión infinita la Madre del Salvador.

Consternados, no sabían qué responder.

—¿Queréis venir á mí—les dijo con dulcísima sonrisa.

—¡Sí, sí!—gritaron los dos á la vez.

Entonces, atrayendo dulcemente á Gildo hacia si, María le besó en la frente. En aquel instante el pobre basurerito, cuya cara sucia se había iluminado con radiante sonrisa, cayó como desmayado y dormido á los pies de la Virgen para despertar en el cielo.

—No llores, querida niña—dijo con ter-

nura la Virgen á Lunita, que sollozaba de rodillas junto al cuerpo inanimado de su amigo.—En recompensa de tu castidad, te será dado verle por siempre jamás en la región de la Eterna Beatitud.

E inclinándose sobre la niña, su mano divina le cerró los ojos y el cuerpo de Lunita cayó dulcemente sobre el pecho de su amigo, mientras los ángeles entonaban este cántico:

¡Alleluya! ¡Alleluya!—que los dos pobrecitos abandonados repetían con inefable trasporte, con gozo sin límites, dando gracias á María por haberles admitido á contemplar los esplendores de la Visión Beatífica.





LA VÍCTIMA

Hay en la capilla del Palacio de la gran ciudad de S. un cuadro del que se refiere la leyenda que sigue:

Hace ya muchos años (antes del descubrimiento de la pólvora) había en la mencionada ciudad un poderoso Rey que tenía dos hijos, de los cuales, el mayor se llamaba Rolando y el menor Renato.

Rolando era guapo, valiente, arrogante; Renato pequeñín, tímido y feo. Causaba

admiración á todos el mayor y menosprecio el menor, y aun los más caritativos añadían á la burla tan humillante compasión del infeliz, que su madre le confirmó con el sobrenombre de *La Víctima*.

Aquella excelente señora, cuyo corazón se anegaba en amargura al ver las injusticias y burlas que hacían sufrir á tan amado hijo, su padre, su hermano y los adúladores que en los palacios donde quiera brotan, lograba realizar milagros de ternura y amor para dar aliento de vida á un ser tan abandonado.

Tantas exquisitas atenciones convirtieronse al fin en predilección determinada, cada vez más vigorosa, por la triste reflexión de *¿qué será de mi víctima adorada cuando yo no pueda amarle y protegerle?* que la salud muy quebrantada de la Reina daba á sospechar que una muerte prematura la arrancase de este pícaro mundo, para dar vida mejor á tan nobilísima y tierna madre.

Hallábase una tarde meciendo entre sus brazos á su hijo, cavilosa y triste, cuando acertó á fijar los ojos en un cuadro que á

la cabecera de su cama, enfrente de ella, se hallaba. Era asunto del cuadro el Sueño de la Virgen, y en él, Nuestra Señora estaba representada teniendo dormido sobre sus rodillas al Niño Jesús, la cabeza un tanto inclinada sobre el pecho y los ojos cerrados, como si al mecer al Niño Dios la divina Madre se hubiese dormido también; á su alrededor multitud de ángeles contemplaban con inefable arrobamiento este grupo encantador, temerosos sin duda de que el más ligero roce de sus blanquísimas alas despertase á los divinos durmientes.

Muy bien pudo ser que la contemplación de la imagen de aquella Madre, cuyas amarguras crueles sobrepujan á las que todas las demás soportan, siendo sus dolores no más que pálidos reflejos de aquel inmenso dolor, padecido en bien del hombre, avivasen en el corazón de la afligida Reina la esperanza y la fe en la divina misericordia, puesto que desde entonces pasaba largas horas sin apartar los ojos del dulcísimo y sereno rostro de la divina durmiente, cuya imagen disipaba los temores

que tomaban vida al reflexionar en el porvenir de su adorado hijo.

Un año pasó, que fué poco á poco debilitando la escasa salud de la Reina, y al finalizar murió ésta, resignada y tranquila, porque la pobre *victima* había aprendido muy bien cuanto quiso inculcarle, enseñándole á invocar á María, tendiendo á su imagen los bracitos con fervor tal, que la piadosa madre creyó ver que los ojos de la Virgen se abrían y que, sonriente, los fijaba en el niño rebosando dulcísima ternura.

La pérdida de tan buena y cariñosa Soberana fué muy sentida de todo el pueblo, pero nadie lloró tamaña pérdida con tan expresivo dolor como el huérfano infeliz, que perdió en su madre al único sér que le había querido.

Desde entonces la vida de la pobre criatura se convirtió en un verdadero martirio; ya por los *cuidados* de una nodriza que le maltrataba, y de los audaces y groseros criados que, á más de sus infames burlas, llegaron á poner su mano en él; ya por el menosprecio en que la gente pala-

ciega le tenía, porque al desdeñarle imaginaba agradar al Rey su señor. Tan desnaturalizado padre sentía algo de aversión hacia aquel hijo; Rolando consideraba á su hermano como al más miserable de sus sirvientes.



Varios años pasaron, durante los cuales Rolando creció en belleza, arrogancia y orgullo, al par que Renato hacía su carácter más dulce, humilde y tolerante.

Pero ocurrió que un Rey vecino, al volver con su única hija, llamada Giselle, de un largo viaje, pasó por los Estados en

que mandaba el padre de Rolando y de Renato; aceptó la invitación que aquél le hizo, y se detuvo algunos días en el palacio, para caminar después hacia su reino.

Ya no hubo, pues, más asunto en que ocuparse que procurar fiestas y más fiestas con que divertir, durante su estancia en la ciudad, al gran Monarca y á su hija, la que se albergó en las habitaciones de la difunta Reina, que de nuevo se amueblaron y ornamentaron; y claro es que el hermosísimo lienzo, encanto y consuelo de la pobre madre, y ante el cual se arrodillaba Renato para rezar todas las noches, fué sustituido por un soberbio espejo y trasladado aquél á la capilla de Palacio.

El estruendo de los saraos y bailes, etc., de las fiestas, en fin, resonaba durante el silencio de la noche, en la habitación de Renato, el que se entregaba al estudio con ardor, pues así su padre como su hermano no habían pensado un instante en que gozase de los públicos regocijos, porque en su opinión, la presencia de un sér tan raquítico y feo quitaría á las fiestas mu-

cho de su esplendor, y según la costumbre, de largo tiempo seguida, el desdichado joven obedeció sin murmurar una injusticia tan irritante. Pero la hora de la compensación se acercaba.

Una noche en que, inclinado Rolando delante de Giselle, le hacía mil cumplimientos y finezas cortesanas, mientras que su padre y el de la Princesa aplaudían la ópera nueva, que un célebre compositor había ensayado para festejar al poderoso vecino, dijole á quema ropa Giselle, que, muy distraída, paseaba la mirada de un objeto á otro del gran salón:

—Pues yo creía que teníais un hermano.

La sorpresa y el espanto le impidieron á Rolando responder; pero más tranquilo después, desechó la idea, que á su mente acudió, de negar la existencia de Renato, constante remordimiento suyo, temeroso de que la Princesa llegase á descubrir la verdad.

Sonriéndose, pues, con la mayor tranquilidad posible, respondióle que su hermano sentía grande horror al bullicio y grande amor á la soledad, y que al saber

la estancia de los ilustres huéspedes en el Palacio y las lucidas fiestas que iban á realizarse, había suplicado á su padre que le permitiese pasar los días de diversión encerrado en su cámara, y que el Rey, bastante complaciente para negar algo á su hijo, había accedido á su pretensión.

Incapaz la inocente criatura de presumir que un sér humano pudiese guardar en lo hondo de su sér semejante perversión, menos aún pudiera achacársela á Rolando, que tras de tan hermosa máscara la ocultaba, y le creyó; pero á la vez y repentinamente despertóse en ella una curiosidad muy viva de conocer á tan hurón y original mancebo.

—Quisiera conocer á vuestro hermano —dijo tímidamente Giselle, mirando al joven.—¿No podríais lograr que viniese?

Frunció el entrecejo Rolando; pero la reflexión le hizo conocer que le convenía agradar á la gentil Princesa y, llamando á un paje, le dió la orden que ya se deja entender. Al poco tiempo presentóse el enviado y dijo que el Príncipe estaba enfermo.

La verdad era que el desdichado joven ni aun tenía ropas para presentarse ante los huéspedes de su padre como á su noble rango cuadraba.

Giselle no insistió, mas no se dió por vencida, porque estas contrariedades le encendian más en el deseo de verle.

Al cabo, una tarde que, bajo el pretexto de un dolor de cabeza muy agudo, no había asistido á la caza señalada para el medio día, la gallarda doncella salió á dar un paseo y entróse por el lugar más solitario del bosque, en el que aún se veían las ruinas de un templo dedicado á Flora en la antigüedad.

Hacia muy poco que había llegado, cuando un ruido de pasos le distrajo de sus meditaciones, hizole volver la cabeza y, al mirar por aquel lado, divisó un mancebo que, sin haberla visto, se encaminaba al templo.

La Princesa, que con atención le contemplaba, supuso que fuese aquél el hermano de Rolando, de que había oído hablar, y en caso de ser cierta tal sospecha, seguramente que no era posible la compa-



ración con su hermano mayor en punto á hermosura y gentileza; pero el semblante y persona de éste le causaban, sin embargo, maravillosa simpatía.



Cuando estaba ya á la puerta del templo, vió Renato á la doncella; imaginó que tal vez fuera la Princesa en cuyo honor se habían preparado en la corte tantas galas, y temiendo molestarla, quiso marcharse;

pero, armándose de valor Giselle, le suplicó que se quedase, y después de corteses saludos se entabló la conversación, y al cabo de una hora se separaron como los dos amigos mejores del mundo. A esta primera entrevista siguieron otras muchas. Giselle buscaba y hallaba siempre pretextos para no asistir á las ya enojosas fiestas y acudía al templo, en el que Renato, impaciente, la esperaba.

El tiempo parecía volar, según ellos, y cada vez se hallaban más unidos los dos.

En la compasión suele asentarse el amor no pocas veces. Giselle era romántica, como el mayor número de las mujeres lo es, y el carácter de Renato le impresionó tan tristemente como simpático le fué aquel joven.

Decíase ella que el Príncipe debía ocultar alguna infeliz pasión, causa de aquel profundo disgusto de la vida, que tal vez le arrastrara á profesar la religión de un monasterio, porque la sencillez de su traje, de su sér y maneras contrastaba notablemente con el lujo, elegancia y bizarría de su hermano, para pasar inadvertido.

Sucedió, pues, que sin caer en ello, á fuerza de compadecerle, Giselle llegó á quererle, sin percatarse de aquel amor el mancebo, porque dió en creer que la amabilidad de la doncella era hija tan sólo de la bondad de su corazón.

Desde el encuentro de Renato y Giselle en el templo había corrido cerca de un mes, y nadie en la corte se dió cuenta de este suceso, que al cabo debía trastornar su vida. Un día el padre de la hermosa doncella, cuya estancia en el reino de su vecino se prolongaba mucho, anunció solemnemente que deseaba marchar á sus Estados. No se hallaba presente Renato al anunciar el padre de la Princesa su determinación á Rolando, porque aquél jamás concurrió á ninguna reunión de la corte; pero al día siguiente supo, por la acongojada niña, la triste noticia, y el corazón del pobre mozo se oprimió dolorosamente, al comprender que perdía á la única persona que, después de su santa madre, le había querido.

La niña se hallaba no menos inconsolable que él, pues entre tantos pretendientes

á su mano, el único que dominó en su corazón fué el bondadoso Príncipe, de quien tuvo al principio compasión, y á quien después amó de veras; así es que su pesar fué muy grande, porque adivinaba que el dejar de verle y hablarle la haría muy infeliz.

El aceptó esta prueba más de su desdicha con resignación tranquila, al parecer, si bien sangrando el corazón—pues tal era el temple suyo, siendo tanta fortaleza su imborrable fisonomía moral—lo que aumentó el cariño que Giselle ya le tenía, más que las vehementes protestas de inextinguible amor lo hubieran conseguido, pues la amante niña prefería en el hombre la modestia, la dulzura y la paciencia, á la arrogancia, la presunción y la belleza.

Rolando, que la quería—y de la que no dudaba ser correspondido,—perseguía la ocasión de pedirla á su padre en matrimonio, y aprovechó la circunstancia de la partida para hablar de ello con el suyo, y al fin de una larga entrevista, el Rey se ofreció á dar noticia de los deseos de su

hijo al Real huésped, y á fijar la época del matrimonio, que había de ser antes del proyectado viaje.

Por la noche, y cuando estaban reunidos los Monarcas, Giselle, Rolando y algún que otro cortesano de los más notables, en el salón del Trono, el padre del Príncipe se levantó, y con la elocuencia y solemnidad usadas en ocasiones semejantes, pidió la mano de la Princesa para su hijo mayor. El padre de ésta, si bien un tanto sorprendido de la petición, no lo dejó entender y se limitó á decir que no podía dar el consentimiento sin la aprobación de su hija, porque jamás intentó contrariar su gusto, si era honesto y razonable.

El asombro del Rey fué inmenso cuando el Real huésped transmitió á su hija la petición que á él le habían hecho, y ella con voz conmovida, pero clara y sonora, respondió: que en el alma agradecía distinción tan singular; que su corazón ya no era suyo; y recordándole á su padre lo que acababa de decir—su afán de no contrariar en nada el gusto de ella,—confesóle su amor á Renato, y le pidió la bendición

paternal para un matrimonio del que dependía la dicha de su vida entera.

Rolando, al escuchar la confesión de la Princesa, quedóse estupefacto y como clavado en su sitio, lívido de cólera y sin saber qué decir; la situación podía haberse convertido de drama verdadero en tragedia horrible á no ser porque el Rey, repuesto del abatimiento que le había causado la declaración de la inocente criatura, le dió las gracias por haber fijado su mirada en el humilde Renato, para el cual jamás hubiera soñado alianza tan honrosa.

Sólo faltaban algunos días para que se celebrase el matrimonio de los dos amantes, que se apresuraba en lo posible, porque el padre de Giselle, que bendijo aquella unión, al verse viejo, deseaba ardentemente entregar las riendas del Gobierno á su futuro yerno, para poder apreciar cómo se portaría en el trono el nuevo Monarca cuando él abandonase el mundo.

El Rey inmediatamente volvió en su acuerdo. Cierto que la elección de Giselle le había asombrado y hasta dolido en el alma; pero pronto recobró la reflexión su

imperio, y se regocijó de veras al considerar cómo aquel hijo, en quien jamás reconoció mérito alguno, iba á ser uno de los más poderosos Monarcas de la tierra; que en cuanto al porvenir de Rolando, no había temor alguno, pues era justo que tan cumplido y gallardo mozo encontrase una bellísima Princesa que en matrimonio feliz, aventajase en dicha y poderío al de la linda Giselle y el enfermizo Renato.

Así, pues, el Rey de nada tenía que quejarse; pero en su consentimiento al matrimonio de Renato halló Rolando la principal causa de llenarse de cólera por la humillación que se le imponía. El orgullo le precipitaba en el abismo de la venganza que, como tal, es oscuro, y poco ó nada se ve lejos de la luz del sol. A oscuras se tropieza y se cae, y la caída del alma es el crimen seductor, á la sombra de una pasión cualquiera, odioso á la luz de la conciencia, que Dios encendió en nosotros y que con nosotros se apagará. Una torpe idea tuvo él por favorable á sus designios, y resolvió ejecutarla con presteza.

Salió del Palacio por una puertecilla excu-

sada; metióse en un laberinto de callejuelas tortuosas y sucias; llegó á un barrio de los más extraviados de la ciudad; se detuvo ante una casucha ruinosa, y llamó quedo á la puerta.

No tardó en oír el chirrido de una cerradura y, al cabo de unos instantes, una horrible vieja, cuyo traje lo componían multitud de harapos, sujetos á su cuerpo por arte del mismo diablo sin duda, asomó la espantosa y repugnante cara por el espacio que la puerta, á medio abrir, dejaba.

—¿Quién es?—preguntó muy quedito.

—Soy yo, Thais—contestó Rolando con altivo tono.—Déjame entrar.

Abrió del todo la bruja y entró Rolando en la casa, que más parecía cueva, mientras que la maga miraba atentamente á un lado y otro de la desierta calleja. Cerró después con cuidado é introdujo al Príncipe en un antro inmundo, cuyas paredes, cubiertas de signos cabalísticos, y cuyos rincones, llenos de multitud de vasijas y cachivaches, necesarios al perverso oficio de la brujería y en desorden amontonados,

eran suficientes á conturbar el ánimo de los que en farsas creían.



—Hace ya tiempo que no te veo, hijo mio —le dijo ella, ofreciéndole para sentarse un viejo y miserable banquillo.—
¿Qué es lo que te obliga á venir?

— ¿Sabes que no es muy agradable tu casa?—dijo él, mirando con marcada repugnancia la habitación de aquella.

La vieja era fisgona; se sonrió, burlándose, y contestó:

—Y, sin embargo, aquí venís todos en busca del remedio á vuestros males. Si mis amiguitos supiesen hablar, ya lo harían largo y tendido—añadió, mirando con agrado el sinnúmero de sabandijas y murciélagos que se colocaron en sus rodillas, á la vez que clavaban en Rolando los redondos, grandes y estúpidos ojos.

Comenzó él á relatar sus desventuras y sus deseos. La maldita vieja oíale con atención y sin conmoverse, como si cuanto escuchaba fuese lógico y honrado, y cuando él, falto del aliento que la cólera le quitaba, se detenía, preguntábale ella, tan impasible como al principio.

—¿Y quieres que yo te ayude?

Dijo él que sí con la cabeza, y por respuesta única, la vieja fué á buscar en unas tablas repletas de frascos y redomas que contenían filtros de todos los colores del arco iris.

—Y... aquí está el remedio, hijo mío—le dijo al Príncipe con voz tranquila, al par que le entregaba un botecillo lleno de un líquido claro y trasparente como el agua.—Ahora voy á decirte lo que hay que hacer.

.
.

Pasaron horas no más, y cuando todo se hallaba en silencio en el Palacio, Rolando, pálido como la muerte, empapadas en sudor las siencs, atravesaba con sigilo el pasadizo que conducía á la habitación de Renato, llevando entre sus crispadas manos el fatal veneno que Thais le había dado.

Cuando ya estaba casi al fin de su camino, á dos pasos de la puerta tras la cual el inocente hermano dormía apaciblemente, sonriendo en sueños á su querida Giselle, el culpable se detuvo, lleno de temerosa incertidumbre, para contemplar el traidor veneno.

—Algunas gotas no más, algunas gotas, me ha dicho, y para siempre dormirá.

Y oprimía con sus heladas manos el po-

mo mientras que, como en vago sueño, veía á su santa madre, aquella que juntos había mecido entre sus brazos á los dos en más dichosos tiempos, y que había unido sus voces en una misma oración.

Pero Rolando había resbalado mucho en la pendiente del mal para lograr retroceder entonces; habíase endurecido su corazón al contacto del orgullo, que es como el hielo, y que mandaba en él como absoluto señor.

Arrojó lejos de sí estos dulces recuerdos, que el cielo despertaba en su memoria para salvarle; corrió á lo largo de la galería y abrió con febril mano la primera puerta que halló.

Rápido se detuvo, dominado por horrosa sorpresa, y quedóse fijo en el umbral sin atreverse á retroceder ni avanzar, mientras que tal vez el ángel de su guarda se cubría el rostro con sus blanquísimas alas é imploraba para el culpable la piedad del Señor.

Por error, y gracias á la oscuridad de la galería, Rolando se había equivocado de habitación y acababa de abrir la puerta

de la capilla, donde quedó como presa de una maravillosa fascinación que le impedía apartar la vista del cuadro de la Virgen, que dulcemente alumbraba una vacilante lámpara.

¿Sería que tan misericordiosa señora se dignase mirarle con ojos de compasión?

No se ha sabido jamás.

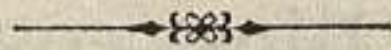
Pero al día siguiente por la mañana, el sacristán entró en la capilla y á los pies del cuadro de Nuestra Señora halló esparcidos los trozos de un pomo de cristal.

A los dos dias, y á los pies de la Virgen, que parecía sonreirles, recibieron la bendición nupcial Giselle y Renato, y algún tiempo después Rolando profesaba en un convento, en el que largos años vivió en austeridad extrema y lleno de gratitud á la Santísima Virgen, que le habia librado de cometer un crimen tan horrible, no revelando jamás á nadie el secreto que en el silencio de la noche sus divinos labios le habian confiado.





MORITA



Morita era una niña negra, sin casa, sin hogar, sin familia y sin dinero, y hasta casi sin vestidos.

Habíanla recogido los individuos de un pueblo situado cerca de los montes donde moran en la India algunas tribus salvajes; todos los suyos habían sido exterminados por los ingleses y Morita era la única que había sobrevivido á su raza.

Los buenos corazones la favorecían; y una vez en una casa, luego en otra, le daban albergue y la alimentaban, destinando también á ella los vestidos de desecho, de casi todas las niñas de su edad. Morita era muy agradecida y colmaba de bendiciones á sus bienhechores; no murmuraba nunca, no se quejaba, y cuando experimentaba alguna contrariedad, levantaba sus ojos á lo alto y exclamaba: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre», única oración que sabía.

Y es que Morita, en su pobreza, guardaba un tesoro de inestimable valor: un alma inmortal, redimida por la sangre preciosísima de todo un Dios; cosa que no sabía, y que nadie se había tomado el trabajo de enseñarle.

A pesar de esto, Aquel sin cuya voluntad no se mueve la hoja del árbol y cuida

de las aves del cielo y de las flores del prado, amaba tiernamente á Morita, y había puesto á su lado, para acompañarla en su peregrinación por la tierra, un ángel custodio, que la conducía por el camino del bien, apartándola de la senda del pecado que podía perderla.

Este ángel, celoso por complacer al Señor, hablaba de continuo al oído de Morita un lenguaje lleno de unción, que ésta escuchaba con el mayor respeto, siendo tan dócil que llegó á ser el modelo de bondad y de virtud de todo el pueblo y el tipo de perfección que constantemente se presentaba á los niños de su tiempo. «Morita no hubiera hecho eso;» «En tu lugar, Morita hubiera obedecido;» «nunca serás tan buena como Morita», decían de continuo las madres á sus hijos, sin que la pobre niña sintiera por esto movimiento alguno de vanidad ú orgullo; antes por el contrario, creía ser siempre la más mala é imperfecta del lugar.

Antes de salir de la infancia murió Morita, y como había sido tan buena, su ángel custodio obtuvo de Dios el permiso de

acompañarla hasta el cielo, y esperar con ella la divina decisión sobre el destino de su alma, en vez de dejarla en los límites de la divina morada, como hacían los demás ángeles custodios.

Fué este día un sábado, día bendito entre todos, por estar consagrado á la Madre de Dios, día en el cual, según una piadosa tradición, los niños que mueren van á aumentar el coro de los ángeles consagrados á cantar las grandezas de la Virgen Inmaculada en lo más alto de los cielos.

Muerta Morita, recogióla en sus brazos su ángel custodio, envolvióla en su blanca y flotante túnica, y después de desplegar sus alas, se elevó con ella, alto, muy alto, en dirección á la celeste mansión. En su camino se encontró con uno de sus compañeros, que conducía á su vez á un hermoso niño blanco y rubio, cuya cabellera caía flotando sobre sus espaldas como un río de oro, y sobre cuya frente, rodeada de un limbo luminoso, destacábase una cruz brillante que ofuscaba la vista: al fijarse en el cuerpo negro de Morita, y no ver la cruz, una gran sorpresa y una tristeza profunda

se reflejó en el rostro del celeste mensajero, y con un tono de profunda piedad exclamó:

—Hermano, no está bautizada.

Este le respondió:

—Es verdad, pero es sábado y tengo confianza.

Iba á terminar el día, cuando uno y otro llegaron á la divina mansión, á cuyas puertas se agolpaban ya multitud de niños con sus ángeles custodios y sus cruces brillantes sobre la frente; oíanse allí los armoniosos cantos de las angélicas milicias, en honor de la Madre de Dios, que estaba sentada sobre un trono de mármol en el vestíbulo del cielo. Abrió San Pedro y los niños todos se precipitaron en el interior, menos el niño blanco y Morita, que quedaron los últimos; el ángel de aquél le colocó en el quicio de la puerta, y le dijo: «Marcha»; el de ésta hizo lo mismo, exclamando: «Siguele»:

El espectáculo que se presentó ante la pobre niña india, era capaz de desvanecer al más sereno; alrededor suyo, todo luz, belleza y esplendor; más allá, lo que nunca

se había imaginado; sin embargo, á pesar de su estupor y su desvanecimiento, su humilde obediencia hizo que no vacilase ni un instante; marchó detrás de su com-



pañero y se colocó el último de la larga procesión de niños blancos que se encaminaban lentamente hacia el trono de María, le rendían acatamiento y se colocaban en el lugar que ella les designaba.

De dos en dos iban llegando, doblaban la rodilla y bajaban la cabeza, mientras la Virgen les sonreía con una sonrisa que parecía á Morita lo mejor que podía haber en el cielo. Llególes por fin el turno á ésta y á su compañero; el niño blanco, con el rostro radiante de alegría, fresco y sonrosado, avanzó, arrodillóse sobre el último escalón de oro del trono, asió con su manecita la falda de la túnica de la Madre de Dios y la besó; siguió Morita con los ojos bajos, temblando, llena de emoción y ansiando disfrutar á su vez de aquella sonrisa que tanto placer le causaba; cogió fuertemente con ambas manos las divinas vestiduras que caían sobre los pies sagrados y fijó sus ojos en el rostro de la celestial señora.

En vez de la sonrisa que tanto ansiaba, vió Morita dibujarse en el rostro de la Virgen una profunda tristeza y advirtió que sus hermosísimos ojos se levantaban más alto que su trono en ademán de súplica; quiso seguir aquella mirada y quedó desvanecida por el resplandor intenso que deslumbró su vista; sólo llegó á sus oídos

una música, á cuyos dulcísimos acordes entonaban numerosas jerarquias de ángeles estas palabras: «Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.» De repente, en los ojos de la Virgen brillaron dos lágrimas, que después de rodar por sus mejillas cayeron sobre la cabeza de Morita que, al recibirlas, sintió como que nacía á una nueva vida; un limbo de luz envolvió su cabeza, apareciendo en su cúspide el signo de la redención más brillante que el que brotaba de la frente de los demás niños. Al mismo tiempo, el segundo coro de las celestiales milicias contestaba al primero: «Gloria al Padre, Gloria al Hijo, Gloria al Espíritu Santo.»

Desde entonces, la pobre niña abandonada al pie del Himalaya, goza de delicias tan inefables y de tan celestiales venturas, que ni la pluma puede describirlas, ni la palabra humana narrarlas.





BEBÉ



Elena y sus amiguitas van y vienen, atareadisimas, en el lindo palacio que habitan los padres de la niña en el Parque Monceau.

Todo allí está revuelto; la familia menuda prepara, para celebrar la Epifanía, un cuadro vivo que ha de representar la adoración de los Santos Reyes.

El invernáculo es transformado en gruta, la bóveda adornada con guirnaldas de flores, y las paredes y el suelo tapizados de riquísimas telas regaladas á los niños por los Reyes Magos.

Un canastillo rebosando flores, perfumaba el ambiente. La gruta está espléndidamente iluminada, y las niñas, que trabajan sin descanso, se preguntan ansiosas si agradarán al día siguiente sus afanes.

—Yo creo que está muy bonito todo esto —dice Elena, observando complacida el efecto que produce el invernáculo.

—Habrá que colocar el pesebre en el centro, ¿no es verdad? —pregunta Sofía, que da los últimos toques muy afanada.

—Sí, y lleno de paja, —responde Luisa.

—No —dice Clara —de musgo y de flores.

—Mejor será poner una alfombrita —añade Berta, y entablan una discusión sobre tan importante asunto.

—Elena, Elena, ¿dónde estás? —gritó desde fuera una voz, interrumpiendo la discusión, convertida en disputa — y un muchacho, como de nueve años, entró presuroso.

—¿Qué sucede? ¿por qué gritas como un loco, Adriano? —le preguntó la dueña de la casa en tono de suave reprensión.

—¿Qué sucede? Pues que el pobrecillo

Gastón está malo y me parece que habrá que renunciar al espectáculo de mañana.

—¡Dios mío! — exclaman á coro las muchachas conster-nadas.

—Para mañana tal vez esté bueno ya— dice Elena con acento tranquilizador.

—Cá — responde Adriano — tiene el dengue, y es forzoso que esté en la cama algunos días.

—¿Qué haremos?— pregunta Elena afligida?

—Suprimir el cuadro y comernos la torta— responde Adriano con presteza.

—No piensas más que en tragar—replícan indignadas las niñas.—Eso es muy feo.

—¡Y después de haber trabajado tanto para arreglar la estufa!—dice Elena muy apenada!



—¡Y cuando todo estaba tan bonito!—
añade Luisa.

—¿Y qué culpa tengo yo? — exclama
Adriano.—¿La tengo, tal vez, de que Gas-
tón se haya puesto malo?

La observación fué oportuna. Durante
breves momentos reinó en la estufa pro-
fundo silencio, reflexionando todos y sin
saber qué decir.

De repente exclama Adriano con aire de
triunfo:

—Tengo una gran idea. Todo puede
arreglarse.

—¿Cuál?—exclaman las niñas, rodeán-
dole presurosas.

—Gastón no es el único niño que hay en
París.

—Claro que no,

—Pues se busca quien le reemplace.—Y
creyendo arreglado el asunto, Adriano se
sienta tranquilamente.

—Pues has dicho bastante con decirnos
esa tontería—exclama Elena incomodada.

—¿Voy á recorrer París entero en bus-
ca del sustituto?—pregunta irónicamente
Adriano.

—¿Y por qué no has de serlo tú mismo?
—añade Berta.

—Imposible; es ya muy grandón y la cosa no resultaría bonita—dicen algunas niñas con seriedad.

—¿Qué haremos, Dios mío?— exclama Elena con voz llorosa.

—Representamos el cuadro suprimiendo ese personaje—aconseja Adriano.

—¡Qué lástima!—interrumpe Luisa.

—Además—añade Adriano—en ningún pasaje del Nuevo Testamento se lee que los Reyes Magos llevasen á un niño enfermo para que Jesús le curase.

La observación era exacta, y durante breves momentos reinó profundo silencio en el invernáculo, porque los niños reflexionaban detenidamente.

—La verdad es que podríamos suprimir tal personaje—dijo Elena.

—Sería una lástima—exclamaron á coro varias voces;—¡es una leyenda tan conmovedora!

—¡Qué desgracia hallarse enfermo Gastón! Representaba tan bien su papel—añadió Elena con afligidísimo acento.

—¿A qué lamentar tanto lo que no tiene remedio?—replicó impaciente Adriano.

De repente Clara ^{de} Valmy, morenilla de ojos vivos y despierto rostro, que hasta entonces había estado callada presenciando la escena, exclamó:

—Tengo una idea soberbia, amigos míos. Podremos representar el cuadro sin suprimir la leyenda.

—¿Cómo?

—Ya veréis; esperad un momentito—dijo, y desapareció inmediatamente, mientras sus amiguitas se miraban asombradas.

—¿Dónde va? ¿Qué quiere decir?—se preguntaban hablando todos á la vez.

Pasaron breves instantes, al cabo de los cuales Clara volvió llevando de la mano á un niño encantador, que, muy formal, chupaba un caramelo, y que muy bien pudiera pasar por un ángel de los que pintó Murillo en sus admirables cuadros.

—¡Bebé!—exclamaron todos á una.

—Aquí tenéis el sustituto de Gastón—dijo Clara con regocijo.

—Cómo vais á conseguir que repre-

sente?—dijo Adriano con acento de incredulidad.

—Oye, Bebé, si eres bueno—dijeron las niñas, agrupándose en torno del pequeñuelo—te regalaremos un caballo y un coche.

Bebé, sin decir palabra, continuaba chupando el caramelo con suma formalidad.

—Y un polichinela—añadió Adriano.

—Y un caramelo muy grande—dijo Elena—si quieres hacer lo que te digamos.

—Ya veremos luego en el ensayo general—añadió Adriano; — mucho me temo que, por temor, haga Bebé alguna de las tuyas.

—Y que es muy chiquitín, además, para hacer un papel—dijo Luisa mirando al niño, que sin desplegar los labios, tenía clavados en ellas sus hermosísimos ojos;— Gastón tiene más de cinco años, y Bebé aun no ha cumplido tres.

—Y eso ¿qué importa?—respondió Clara con viveza.—Cuanto más chiquitín, resultará más conmovedor el cuadro. ¿Vamos á ensayar?

—Nos hacen falta los Reyes, que no acabarán nunca de llegar; dí, Elena, ¿por

qué no vas por el niño Jesús para colocarle en el pesebre, y ver qué efecto produce?

—Todo se vuelven dificultades — dijo Luisa.

—Se suprime la camisa y se envuelve al Niño en un pañal—indicó Adriano.

—Así no estará bonito—respondieron las muchachas.

—Bonito, bonito, no estará — replicó Adriano malhumorado—pero más feo será que á la hora anunciada no pueda representarse el cuadro.

—¿Vamos á ensayar el primero?—preguntó Elena.

—¿Sin Reyes?—dijo Adriano.

—Se me ocurre una idea—aseguró Bertta.—Veamos el programa para ver si está todo corriente; y dando un papel á Adriano, añadió: ¿Quieres leerlo?

Levantóse éste, y haciendo un saludo, dijo:

—¡Señoritas, atención!

Reinó en la estufa profundo silencio, en tanto que Adriano con solemne voz leía: «*La Adoración de los Reyes Magos, leyenda sacra en tres cuadros.*»

PERSONAJES

ACTORES

El Niño Jesús.	
La Virgen Santísima.	SRTA. JACOBA.
San José.	SR. EDUARDO.
Theo-Reno (rey de Oriente).	SR. ROBERTO.
Sain II.	SR. JULIO.
Mensoz III.	SR. PABLO.
Levi, nieto de Theo-Reno, niño leproso.	SR. GASTÓN.

—¿No hay que cambiarlo?—interrumpió Clara.

—¿Para qué—dijo Adriano.—Los programas están ya hechos.

—Se anuncia al público el cambio antes de la representación—añadió Clara,—que quería fijar la atención de todos en Bebé.

—No hay que anunciar nada y así damos una sorpresa. Continua.

Y Adriano prosiguió leyendo:

Elcazar, servidor de los Reyes. . . . SR. ADRIANO.

—¡Bonito papel me habéis dado!

—Tú lo has elegido, Adriano,—dijo Elena.

—Te habíamos ofrecido el de Julio—añadió Berta.

—Y no lo quisiste —se apresuró á decir otra niña.

—Ya lo creo; como que es muy fastidioso—replicó Adriano.—Me parece que el programa está en regla.

—Sí—dijo Elena.

Y cogiendo el papel leyó:

Servidores, mujeres y niños que forman parte del séquito de los Reyes.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando sonó en la antesala un estrepitoso campanillazo.

—Ahí están SS. MM.—gritó Adriano, lanzándose fuera de la estufa.

—¡Gracias á Dios que vamos á poder ensayar!—exclamaron las muchachas.

—Buenas tardes—dijeron los Reyes, entrando con Adriano.

—He creído que no veníais nunca—exclamó Elena.

El mayor de los Reyes sacó el reloj, y se lo enseñó á Elena.

Mira—dijo—es la hora en punto. Somos la misma exactitud.

—¿Sabéis que Gastón está malo?

—No lo sabíamos. ¿Quién va á sustituirle?

—¡Si ensayásemos en vez de charlar!—
indicó Adriano, sin dar tiempo á Elena
para responder.— Vosotros, Reyes, id á
vestiros. Tú, Elena, al piano, y vosotras,
Julia y Juana, cantad á toda voz. El públi-
co á su sitio.

—Pero si no están San José y la Virgen
—dijo una niña.

—¡Vaya por Dios! No importa, ya ven-
drán; ensayaremos de todos modos el
cuadro primero, puesto que no trabajan
en él.

Adriano desapareció tras el telón de
boca, Sonaron algunos acordes, dos vo-
ces infantiles entonaron un cántico sagra-
do, y lentamente corrieron la cortina. Una
torre, situada en la cima de una montaña,
apareció á la vista del encantado público.
En ella estaban estudiando atentamente los
astros los Santos Reyes. Después una muy
brillante estrella se alzó sobre la torre, y
poco á poco cayó el telón, mientras Juana
y Julia cantaban ocultas entre las plantas:
*Atravesaremos los montes para postrarnos
ante el nuevo Rey.* Estallaron en esto los
aplausos y bravos. La nodriza de Bebé y

algunos otros criados á quienes Adriano había hecho sentar en el salón, expresaban en voz alta su entusiasmo.

Un rostro pintado de negro y coronado por un turbante, apareció entre el telón y la embocadura.

Los muchachos lanzaron gritos de terror.

—¿Qué es eso, no me conocéis?

—¡Jesús, María y José! ¿Es usted, señorito Adriano?—exclamó Nanón.

—Yo mismo, transformado en Elcazar.

—Adriano, ¿se va á representar el cuadro segundo?—preguntó una niña.

Elcazar desapareció tras el telón.

—Elena, ¿está todo dispuesto? — exclamó.

—Sí—respondió una voz que venía de muy lejos.

—¿Y los demás?

—Acaban de llegar.

Elcazar apareció {nuevamente ante el público.

—Señoras y señores—dijo, haciendo un profundo saludo—vamos á continuar. Nos recomendamos á vuestra indulgencia.—Y

desapareció de nuevo tras la cortina. En el escenario reinaba la mayor confusión. Los magos, ayudados por algunos amigos, en traje de criados, quitaban la torre; las niñas colocaban al niño Jesús, que una criada acababa de bajar, sobre el pesebre cubierto de musgo y flores. Abundante cantidad de plantas adornaban la escena, que causaba maravilloso efecto.

—¡Ave María!—dijo Adriano en tono de burla á una niña que, con traje azul y largo velo blanco, se arrodillaba junto al pesebre con las manos cruzadas sobre el pecho.

La niña le dirigió una brillante mirada y dijo con viveza:

—Silencio, Adriano, no se debe jugar con las cosas sagradas.

—Sobre todo cuando se representa en ellas el mejor papel—respondió el incorregible bromista.

—¿Qué quieres decir?

—Que has tenido buena elección.

—¡Bah! dijo la niña, á punto ya de romper en llanto—me han elegido por el color de mi pelo.

—No fastidies á Julieta, Adriano—dijo Roberto acercándose, y añadió:— ¿Dónde está Bebé?

—¿Bebé? La verdad es que me había olvidado de él. ¿Le necesitáis ahora?

—Hay que vestirle para el ensayo general con objeto de ver si le está bien el traje y qué efecto produce.

Miró Adriano á todos lados.

—No veo más que plantas,—dijo, y gritó:—¿Bebé!

Nadie respondió. La cabeza de Elena apareció á través de un macizo de flores que ocultaba el piano.

—¿Por qué gritas, Adriano? ¿Qué sucede?—preguntó.

—Estoy llamando á Bebé: ya es hora de vestirle.

—¿Bebé?—repitió Elena. —Estaba cansado y se habrá dormido. Estaba aquí hace un momento.

—¿No ha visto nadie á Bebé?—añadió alzando la voz. La respuesta fué negativa. — Hay que buscarle; ¿quieres ir tú, Adriano?

Abriéndose paso con dificultad á través

de los arbustos y plantas, Adriano, murmurando un poco, entró en una habitación contigua.—¿Dónde se habrá metido ese chiquilicuatro? En esta semioscuridad no veo gota. ¿Y si le encuentro y no quiere hacer el papel? El tal monigote, zarramplín, les va á dar que hacer más de lo que se figuran. ¡Calla, ahí está! Hay que despertarle—dijo viendo al objeto de sus pesquisas dormido en una butaca, con los puñitos muy apretados.—¡Bebé!—dijo.—¡Bebé!—añadió más fuerte, porque el niño seguía durmiendo.—Vamos, Bebé, ven á vestirte que ya es tarde—le dijo é intentó levantarlo.

Un grito de rabia terrible fué la respuesta.—Vamos, te digo. Ven á vestirte; que vengas—y quiso agarrarle de una mano. Otro grito, más fuerte aún que el primero, se escuchó. Elena y algunas niñas acudieron asustadas.

—¿Qué sucede?

—Sucede que este mico no quiere dejarse coger—dijo Adriano con acento de mal humor.

—¿Qué te pasa, rico?—dijo Elena acer-

cándose á Bebé, que gritaba como un loco y se agarraba al sillón.

—*El nego ha venio á buscar á Bebé*— dijo sollozando el pequeñin.

Las niñas lanzaron una estrepitosa carcajada.

—¿De qué os reís?—preguntó Adriano desconcertado.

—De la equivocación de Bebé, que te toma por un negro. ¡Tiene gracia!

Adriano se incomodó, y esto aumentó el infantil regocijo. Aquel rostro tizado, descompuesto por la cólera, aquella cabeza lanuda, cubierta por un turbante, hacían un efecto tan grotesco que las niñas se morían de risa.

Adriano, que ya estaba furioso, amenazó con marcharse, cuando entró uno de los Reyes Magos.

—¿Vamos, ¿está Bebé arreglado?—preguntó.—El entreacto se va alargando demasiado, y el público se impacienta.

—Ahora mismo vamos á vestirle—contestó Elena.—Julieta irá á buscar á Nón, que se las entenderá con él.

Pasó un cuarto de hora, durante el cual

los espectadores pateaban de impaciencia; luego se oyó el piano, y alzaron el telón.

El público lanzó un grito de admiración.



Aquella gruta poderosamente iluminada, llena de plantas y flores, en el centro de la cual, sobre un pesebre estaba reclinado un precioso y sonrosado Niño Jesús, produjo sorprendente efecto.

La Virgen y San José estaban sentados al lado del pesebre, con los ojos bajos, las manos unidas y en actitud del más profundo reconocimiento, mientras que los Reyes, cubiertos de largas y blancas

capas ligeras y flotantes, arrodillados en torno del pesebre, adoraban al Niño Dios y le ofrecían sus presentes.

—¡Julieta! ¡Juana! cantad la leyenda— exclamó una voz en el salón. Inmediatamente se oyó el piano, y de nuevo sonaron las voces infantiles.

Dos criados se aproximaron á los Reyes, sus amos, y les entregaron un niño cubierto de lepra.

La misma Nanón se vió apurada para reconocer en aquella criatura al preciosísimo Bebé.

Theo-Reno, el más anciano de los Reyes, le levantó en sus brazos, é inclinándose respetuosamente, le puso delante de Jesús, mientras que una nube blanca y sonrosada descendió con lentitud y ocultó el cuadro á los ojos del entusiasta público.

Oyéronse las voces de los cantantes, y resonó en el invernáculo la melodía encantadora de Gounod: *El cielo ha descendido á la tierra*. La nube rasgóse muy poco á poco y apareció de nuevo la anterior escena, dejando ver á Theo-Reno arrodillado

ante Jesús, en acción de gracias, teniendo en brazos á Bebé, que sonreía al público.

Los aplausos y bravos resonaron deli-



rantes, y cayó el telón entre los acordes de un himno solemne.

—Resulta muy bonito, ¿no es verdad?— preguntaron al público los actores.

—Encantador—respondieron todos.—Lo habéis hecho muy bien. En cuanto á Bebé, estaba tan monísimo, que daban ganas de comérselo, y seguramente que logrará mañana los honores del éxito.

Dos días después, Gastón, que estaba ya mejor del catarro, recibió la carta siguiente:

«Querido amiguito: Hemos sentido en el alma tu enfermedad, y no sabíamos con quién reemplazarte en la representación de los cuadros. ¿A qué no adivinas quién se encargó de tu papel? Pues fué Bebé. Bebé te sustituyó. Estuvo tan salado, como bueno y formal. Para premiarle, después de la representación, papá le dió el haba de la torta y le proclamamos Rey por unanimidad.

Te envió un pedazo de ella, y pídale permiso al médico para comerlo.

Recibe muchos besos míos y de Bebé.

Tu amiguita, —ELENA.»





LA VIRGEN DE LA ESPERANZA

I

Habían desaparecido, para siempre, la dicha y la alegría que en aquella choza reinaran.

El excelente Ives, muy joven aún, que hacía dos años apenas que se había casado con Luisa, murió dejándola madre de un niño de cortos meses, llamado Remy.

El chicuelo durmiendo apaciblemente en su cuna, qué sabía de la irreparable desdicha y atroz quebranto de su vida; murió el árbol al que la yedra se abrazaba, se acabó la protectora sombra que á los

dos cubría; así es que Luisa, que ahondó mucho en su infelicidad, escaldados los ojos por amargo llanto, dedicaba á la linda criatura todo el amor que al padre había prodigado.

Pasaron años. Estaba Remy en los cinco; la noble campesina no se había enga-



ñado; á medida que el niño crecía, era más y más parecido á su padre. Era su trasunto fiel. Tenía azules los ojos, de mirada franca, la misma sonrisa que aquél, y la cabeza cubierta de abundantes y rizosos cabellos rubios como el oro, regocijo y orgullo de Luisa, que los cuidaba con especial esmero.

Era además muy querido, humilde, y

nada hurraño con las gentes, que á porfía le acariciaban: Dios habia concedido pues á la sencilla campesina, ya que no la dicha, el dulce recuerdo del pasado, la resignación y la esperanza en la divina bondad. La paz tan á raíz segada con la muerte de Ives, renacía en la choza en la que, ignorada y tranquila, la existencia de la pobre viuda resbalaba y donde dividía su corazón entre Dios y Remy.

Y ahora que comenzaba á gozar algo de bienhechora tranquilidad, el cielo de su esperanza otra vez se oscureció.

Una mañana en que muy regocijada se acercaba Luisa á la cuna para acariciar al niño, alegrándose ya con los alhagos que iba á recibir de él, se detuvo, presa de un extraño y vago terror, y su corazón se oprimió lleno de angustia.

El niño se hallaba muy intranquilo, brillaban sus ojos, encendidos por la fiebre; y de su garganta salían inarticulados y sordos ronquidos que espantaron á la pobre madre.

Desolada corrió en busca del médico, que acudió y observó al niño con atención

suma; tomóle el pulso, prescribió un medicamento, y se marchó con desconfianza manifiesta.

Volvió por la noche, así lo había ofrecido, y halló peor á Remy, respirando apenas. Luisa muy asustada interrogó al médico sobre tan extraña como traidora enfermedad. Procuró éste calmar el terror de la madre infeliz, y ofreció volver por la mañana, aunque no ignoraba que al nacer el sol no viviría ya el pobre mártir: que al lado de los ángeles del cielo, sus hermanos, á tal hora estaría ya.

Fuese el doctor, y la madre tornó al lado de su hijo, viendo con extraviados ojos y trastornado semblante aquel cuerpecito en el cual mantenían ruda y suprema lucha la muerte y la vida.

Y dominada por tan cruel angustia é incertidumbre feroz, de improviso y tan sólo como un sueño de algo pasado, confuso y vago, acudieron á su embrollada memoria recuerdos indefinibles, que más pudieran llamarse alucinaciones de mente calenturienta. Una así como luz de esperanza brilló ante sus ojos, de lágrimas henchidos:

rápida como el rayo cogió al niño entre sus brazos, y huyó de la casa como una loca.

II

Chorreando agua las ropas, aterida de frío, la infeliz madre, agotada de dolor, seguía su camino en la obscuridad de la noche: de pronto el huracán, que há tiempo amenazaba, estalló violento: rugió la tempestad, los rayos surcaban el espacio, y ella, sin ver ni oír nada, apretaba convulsiva contra el corazón al moribundo; llegó, al cabo de tan penoso caminar, al Santuario, dedicado á la patrona de la aldea, la Virgen de la Esperanza, y ya una vez en él, hallóse detenida por el celo del custodio, que no quería abrir las puertas del templo por ser hora avanzada de la noche; pero las súplicas, lamentos y lágrimas de la afligida Luisa, vencieron la obstinación de aquel hombre que al fin la dejó entrar en la iglesia, muy dudoso del milagro, pues en opinión suya el chico más

bien estaba muerto que vivo, y la Virgen de la Esperanza no iba á resucitarle.

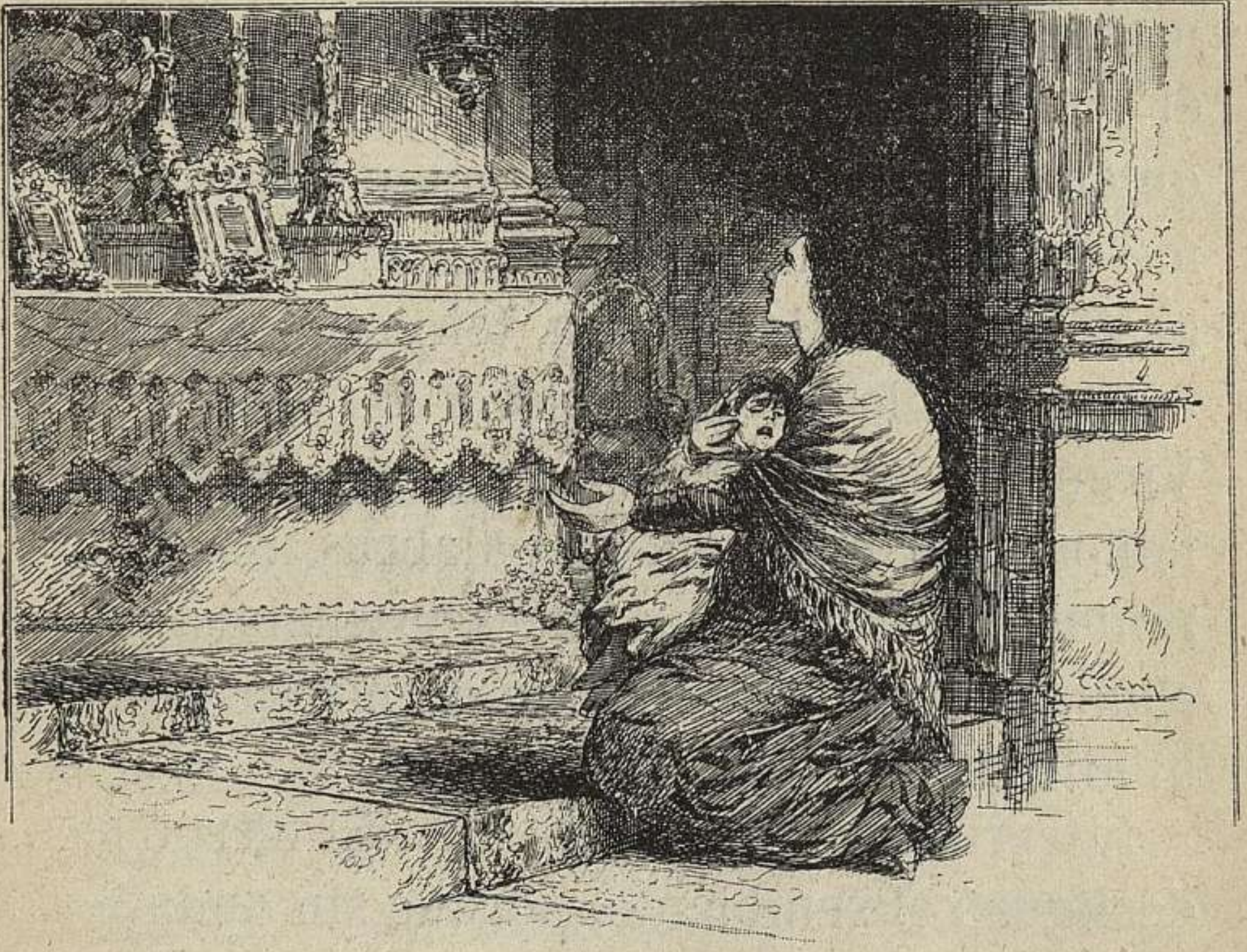
Luisa no se fijó en los gestos de incredulidad que hacía el pobre viejo. Clavó sus aterrados ojos en la dulce imagen de la Virgen Santísima, contempló suplicante su bellissimo rostro, que apenas se veía, oculto casi por multitud de collares, cruces, medallones y otras ricas preseas, con que adornaban sus devotos hijos esta imagen de María.

Los rubíes, las perlas, esmeraldas y brillantes, más bien parecían sembrados como apretadas flores en el brial de la Virgen; y del manto no se veían bien ni la forma ni el color, de tan rica y abundante pedrería habíale bordado; piedras preciosas que podrían referir, por un celestial milagro, piadosos y conmovedores hechos de un corazón afligido, que imploró la misericordia divina para sus males, y que al salir del templo dejó una ofrenda á la Reina de los cielos y de la tierra, como prueba de cariño y gratitud.

¡Cuántos jóvenes y ancianos, pobres y ricos, poderosos y humildes, vinieron á

implorar la misericordia de la Virgen de la Esperanza, y fueron escuchados! ¿Por qué no habia de serlo ella también?

Depositó el desmayado cuerpo de su hijo, en las gradas del altar, y comenzó á



rezar fervorosa, con voz ahogada que hacía ininteligible la emoción, oraciones que los sollozos le obligaban á suspender brevisimos instantes. Inclinábase ansiosa para mirar al niño, y ver, llena su

alma de mortal incertidumbre, si la Virgen le salvaba. Virgen María, aquí tienes á mi hijo, al hijo de mis entrañas. Yo le he traído y postrado á tus pies. Se muere, y tan sólo en tí se halla el remedio. Dale vida, Señora, dale vida. Ten piedad de una madre, sin más bien que su hijo, que por él y para él vive, y que sin él no puede ni quiere vivir. Si se muere, mátame á mí. No me dejes con vida tan amarga. Ten compasión de mí, Madre mía, ten compasión.

Y gemía la pobre mujer á los pies de la Virgen. Cruzaba nerviosa las manos, y sus labios murmuraban, ya palabras incoherentes, ya oraciones, que terminaban exclamando: ten compasión de mí, sálvame al hijo de mi vida.

Interrumpióse de repente. El terror le desfiguró el semblante, porque sin duda le partió el corazón.

La lámpara que iluminaba el dulce rostro de la Virgen, dió de lleno, por un instante, en el del niño, y la desesperada y vigilante madre, vió sin duda algo extraño que le obligó á inclinarse con rapidez, loca de espanto. Lanzó un horrible grito, que

envolvieron las bóvedas del templo, y cayó unida al cuerpo, helado ya, de su hijo.

Remy estaba muerto.

III

A la infelicísima mujer instantes le parecieron las largas horas del resto de la noche, porque al nuevo sol vendrían á llevarse el cuerpo de su hijo. Un pedazo del suyo, sangre de su sangre. É iba á vivir sin él, sin su amor, sin sus caricias, sin escuchar su voz, ni su risa angelical. ¡Qué horribles tormentos padeció! Y durante noche tan cruel, ni un momento apartó los ojos, empapados en llanto, de su Remy—á quien asistió por última vez en la cunita—y mirándole, mirándole, recordaba á Ives, y el feliz pasado, y ahora veía su hogar, tan triste y solitario en adelante, al dejarle para siempre también aquel hermosísimo sér, única alegría de su vida entera.

Poco á poco sus ojos se cerraron. Com-

prendía ella que era presa de invencible adormecimiento, y luchaba con afán para no dormir.

El ángel del Señor, conmovido sin duda de tanto padecer, quiso aliviarlo algunas horas con el dulce sueño del olvido; pero no quería olvidar Luisa, y aterrada soñaba en su horrible despertar.

.

Calentaba ya el sol cuando el médico al hacer su visita matinal, empujó la puerta que entreabierta había dejado la desgraciada Luisa al tornar, con su hijo, en brazos, del Santuario de la Virgen. Se hallaba muy inquieto, deseoso de saber el resultado de sus temores.

A quien vió primero fué á Luisa, dormida aun, vencida por la fatiga; abundantes lágrimas resbalaban por sus pálidas mejillas.

El bueno del doctor dirigióle una mirada compasiva y creyó prudente no despertarla: demasiado pronto sabría la infeliz su desdicha. Lanzó un hondo suspiro, volvióse y clavó la vista en la camita del niño....
¿Y qué fué lo que vió?

Remy sentado en su cama, le miraba también.

—Estese V. quieto, silencio, dijo, leván-



dose á la boca la manita. No haga V. ruido que mamá está durmiendo.

• • • • •

No pudo comprender el doctor lo que había sucedido. El enfermito estaba mori-

bundo cuando le vió la última noche: aún se veía en un vaso el último medicamento que la vispera había ordenado como arma suprema.

—Nada, que no lo entiendo, dijo, y algo fuerte es mi duda.—Entonces Luisa despertó.

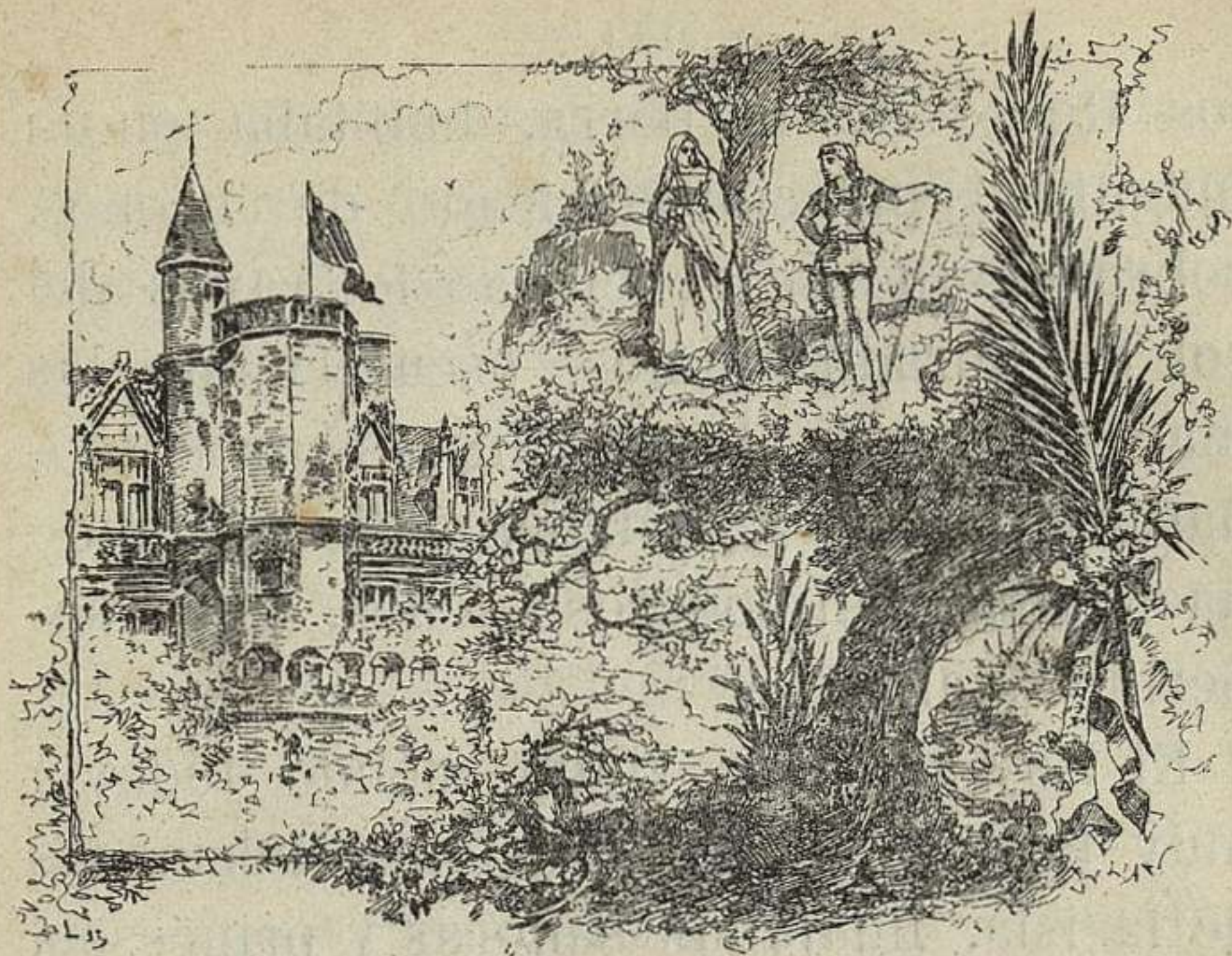
Una alegría inmensa pareció enloquecerla. No podía hablar; reía, lloraba, ambas cosas á la vez.

—¡Se ha vuelto loca! pobre madre!—decía el médico al salir de aquella choza.

Nunca pudo averigüarse el misterio de esta resurrección.

La fe, tan sólo, lo sabe, y guarda el secreto.





EL REY DEL MAR

I.

Antiguamente, en medio de los mares, veíase una isla en la cual reinaba un poderoso monarca, que era conocido y reputado por el *Rey del Mar*.

El terrible soberano, que lograba ser más temido que amado de su pueblo y de

los Reyes de la tierra, habitaba en un magnífico palacio fabricado de bronce, sobre el que se reflejaban los rayos del sol en dorados tonos, oscureciendo las maravillas que atesoraban los otros monarcas, quienes guardaban odio profundo hacia aquél tan poderoso señor, como soberbio rival.

El Rey quedóse viudo, siendo todavía muy joven, y las mujeres más hermosas de la isla, linajudas señoras y princesas, hicieron gala de sus encantos y seducciones, para enamorar al gran monarca, el cual las desdeñó á todas.

De su matrimonio había tenido una hija, única, llamada Sirena, que al morir su madre no pasaba de los tres años.

Era Sirena una hermosa criatura, blanca como la nieve, de sedosos y negrísimos cabellos, grandes ojos azules, de dulce mirar, de largas y rizosas pestañas, y de carácter tan simpático y bondadoso, como era huraño y altivo el de su padre.

Pero como lo inesperado es lo que siempre se realiza, sucedió que un rey muy rico y también poderoso, el Rey del Mun-

do, como él mismo se calificaba, extendió sus Estados á una comarca de tierra firme, vecina á los dominios del Rey del Mar. El orgullo y adulación pusieron á los dos reyes en trance de guerra. El primero en nada era inferior al segundo, y al cabo de algunos meses de lucha pertinaz y sangrienta, á despecho de las hazañas de éste y de sus valerosos soldados, penetró el enemigo en la isla, se apoderó del monarca y de sus más leales servidores, que fueron conducidos á una bien fortificada y defendida torre, como prisioneros de guerra.

El estruendo de la derrota y prisión de su padre y de los suyos llegó á palacio, en el que la princesa del Mar se hallaba rodeada de sus damas.

El tierno corazón de la inocente niña padeció gran tortura al recibir la cruel noticia. Vió á su padre prisionero, y por largo tiempo, en aquella odiada torre, con sus más fieles vasallos. No sé quién ha dicho que la fantasía es más poderosa que la realidad: aquélla lucha, ésta se rinde. La cándida criatura imaginó, en su

loca fantasía, ir á pedir al *Rey del Mundo* la libertad de su padre y de sus súbditos. Semejante idea era muy difícil de practicar. Sin embargo, después de haber reflexionado varios días, la consideró muy hacedera; y sin decir palabra á nadie de su intento, salió una noche del palacio, cuando todos los servidores la creían entregada al sueño.

Llegar á la costa no era lo más erizado de dificultades, si bien era el camino áspero y peligroso; pero una vez en aquélla, ¿cómo atrevesar la vasta extensión del Océano que separaba las dos orillas?

Arrodillada contemplaba el mar, y parecía como sondar con la vista la profundidad de sus aguas. Con la mirada fija en él horas y horas, el cansancio de la lucha sostenida para llegar al ansia de su corazón, fuéronla adormeciendo; un sueño irresistible se apoderó de ella; cerráronse sus encantadores ojos, é inclinó la cabeza sobre el pecho.

Entonces, soñando, vió que el cielo se entreabría, y que en él, rodeada de celestiales aureolas, la Virgen María, de quien

fué tan devota su excelente madre, la difunta reina, se hallaba de pie radiante y



sonriente, extendiendo sus brazos maternales hacia ella.

A una señal de la Virgen, un ángel de

grandes alas cogió en los suyos á la durmiente, pasó el mar con la ligera carga y la depositó en la vecina costa, en los dominios del Rey del Mundo. Desvaneciósese la celeste visión, dejando á la princesa tendida en la playa, presa de profundo sueño, que duró hasta el próximo amanecer. Los rayos del sol, acariciando su rostro, la despertaron, frotóse los ojos mirando asombrada á su alrededor para averiguar dónde se hallaba, muy sorprendida de verse en blanquísimo lecho.

—Mira, ha abierto los ojos—dijo una voz infantil á su lado.

Alzóse Sirena, y vió á un niño y á una niña como de cinco años, que la miraban sorprendidos y admirados.

—¿En dónde estoy?—preguntó Sirena.

—En la playa—contestó la niña—y hé ahí nuestra casa—dijo señalando con el dedo una pobrísima choza que no lejos se veía.

—¿Sabes tú dónde se halla el Rey del Mundo?—dijo la princesa.

La niña quedóse como asombrada, y negó con la cabeza. El muchacho, que

atendía con la boca abierta, abrió mucho más los ojos al escuchar tal pregunta.

—¡Qué desgracia! ¿Con qué no lo sabes?— exclamó Sirena consternada. — ¿Y cómo lograría hallarle yo?

—Mi madre debe saberlo.—dijo la chiquilla señalando con su manecita la miserable choza.

—Pues iré á preguntárselo,—añadió la princesita.

—¿Quiéres que te enseñe el camino,—preguntóle la otra.

Aceptó Sirena con regocijo la oferta, y los tres niños se dirigieron á la cabaña del pescador. El muchacho, que fué cobrando ánimos poco á poco, preguntó á la princesa:

—Dime, niña, ¿vas á entrar en mi casa?

.
.

La pescadora recibió con agrado á la viajera. Le dió una taza de leche y un trozo de pan negro, que Sirena aceptó con la satisfacción del apetito, aunque no estaba acostumbrada á desayuno semejante. Lavó-

se luego; la mujer la peinó, la sentó en la mejor silla de su miserable ajuar, y le dijo:

—Ya puedes hablar cuánto quieras.

La princesa, ni tarda ni perezosa, obedeció.

—Mi padre es el Rey del Mar.

Pareció sorprendida la pescadora, y los muchachos escuchaban con tal interés, que los ojos se les iban agrandando como si fueran de goma elástica.

—Le han encerrado en una fortaleza— continuó la princesita, vertiendo abundantes lágrimas.

—¿Y quién le ha encerrado?— preguntóle la niña, en tanto que su madre contemplaba á la princesa con ternura.

—Vuestro Rey le ha encerrado, y yo he venido á pedirle el perdón para mi padre.

—¿Está tu casa en el mar?—le preguntó el muchacho, que atentamente escuchaba.

Señaló la princesita hacia el Océano.

—Allá, lejos, muy lejos—dijo con infantil solemnidad.—Vivía yo con mi padre y éramos tan dichosos.....

—¿Y cómo has llegado hasta aquí?—le preguntó la mujer del pescador.

—La Virgen María, á quien invoqué con fervor, me ha socorrido. Ella ordenó á un ángel que me trajese á esta tierra.

—¡La Virgen María!—exclamó la pescadora temblando de emoción, mientras que los chicos se abrazaban á ella.

El infantil semblante de Sirena se iluminó como con luz celestial.

Ardían sus grandes y expresivos ojos en maravilloso fuego, y juntando las manos, dijo:

—He visto que se abría el cielo; que la Virgen, rodeada de ángeles bellísimos, me miraba con ojos de bondad infinita, y que su boca, con inefable sonrisa, parecía decirme «que ella adora y ampara á los hijos que acuden en socorro de sus padres.»

Callóse Sirena, y durante breves momentos reinó en la habitación profundísimo silencio, que interrumpió la princesa.

—Es necesario que continúe el viaje—dijo levantándose.—¿Dónde está el palacio de vuestro Rey?

—Criatura, descansa un poco más; hasta la tarde siquiera. Mi marido, que no tardará en venir, te acompañará hasta la casa del Rey.

Sirena miró el mar con expresión conmovedora.

—El tiempo pasa y mi padre está preso. Adiós.

—Espera un instante—dijo la pescadora.—Puso algo de alimento en un cestillo y se lo dió á la niña. En seguida, desde la puerta, le indicó el camino que debía seguir.

—Muchas gracias; ¡qué buena sois! En el alma siento no poder recompensaros, pero nada tengo que dar, á no ser gratitud. Cuando vuelva, mi padre hará un buen regalo á los niños—añadió mirándoles. Dió apretados y cariñosos besos á la pescadora, abrazó á Ivonna y á Pedro y emprendió el viaje por el ardiente arenal, volviendo de vez en cuando la cabeza para sonreír y saludar á sus amigos, que desde la puerta le miraban y despedían.

Al fin, Sirena, al pie de una roca, saludóles con afán. Adiós, dijeron ellos. Como

débil eco se oyó un adiós, y la perdieron de vista.

Durante largo tiempo, esta niña, modelo de amor filial, continuó tan penoso viaje, siguiendo fielmente el camino que llevaba á la ciudad, señalado por la pescadora, hasta que sus destrozados piececitos no pudieron andar más. Detúvose entonces Sirena, desde la playa, recreaba la vista contemplando el ancho mar, tan querido por ella. Envió con la punta de sus dedos de rosa un beso al prisionero que no podía verla ni oírla, y se durmió.

Pero esta vez si que fué con reparador y apacible sueño, bajo el amparo del ángel de su guarda y arrullada por los bramidos del mar. Abrigóla aquél con sus blancas y protectoras alas, para que despertase animosa la linda criatura al rayar del alba y pudiese continuar su peregrinación piadosa.

Despertóse, rezó sus devociones matinales, tomó algún alimento de lo que en el cestillo llevaba y emprendió el camino. Pasaron muchos días; cruzó montes y valles sin que su ansiada capital aparecie-



se ante sus asombrados ojos. Sin embargo, el cielo acudió en auxilio de la devota princesa, haciendo, con su maravilloso poder, que las ásperas montañas, los peligrosos valles, los espesos bosques y las arenosas playas, trocasen su salvaje sendero en apacible suavidad. Las aves, á las que daba á comer de su escasísimo alimento, hacíanle más alegre su camino, trinando y gorjeando con sus armoniosas voces.

Los aldeanos, admirados de la belleza y de la historia interesante de la niña, hacíanla descansar en sus casas y cortijos, llenando al día siguiente el cestillo de frescas y abundantes provisiones. El tiempo también fué favorable á la viajera, revisitiéndose, para festejar á la princesa, de sus más bellas galas primaverales y de perfumes embriagadores.

Al cabo de varios días de camino, tuvo Sirena la indecible satisfacción de ver delante de sí las altas fortalezas de la ciudad.

Entró en ella sin que nadie notase la presencia de la abandonada criatura, y

los indiferentes que por acaso la miraron, tal vez la tomarían por mendiga, si se fijaron en sus vestidos | manchados de lodo y que caían en girones, y en los zapatos no menos sucios y destrozados. Después de atravesar una larga calle, creyendo que desembocaba en el palacio del Rey, Sirena, haciendo un valeroso esfuerzo, se acercó á una mujer, que se hallaba sentada á la puerta de su casa, y le preguntó el camino que debía seguir.

La mujer la miró con frialdad, le dijo que el Rey había muerto repentinamente, que su hijo *Nizael* era quien entonces reinaba, é indicó á la infeliz y consternada princesa el camino que debía seguir.

En vista de esto, la heroica niña decidióse á seguir su camino. Durante breves momentos, parecióle que todo lo que su vista abarcaba daba vueltas en derredor: casas, paseos, árboles, todo, en fin, se movía, y le anunciaba que era forzoso volver sobre sus pasos sin salvar á su adorado padre. Pero la imagen del prisionero infeliz, languideciendo de tristeza y vergüenza en la lóbrega prisión, alzóse de improviso en

su mente calenturienta; llenáronse de lágrimas sus ojos y angustiósele el corazón. Entonces miró al cielo y pidióle con ardor ferviente valor inextinguible, fe vivísima en la lucha y esperanza ciega en su victoria.

Dió gracias á la desconocida mujer y emprendió el camino del palacio.

Ya era casi de noche cuando llegó Sirena á la real mansión. Recordóle tanto esplendor y lujo la magnificencia de aquel que su padre fabricó, y á la luz de este recuerdo despertáronsele ideas más amar-



gas aún: su infancia, hasta entonces tan dichosa; el dolor de no haber conocido á su santa madre, y la desesperación de su padre, prisionero y víctima tal vez del

horroroso tormento de creerse olvidado por su adorada hija, encanto y recreo suyo.

Iba haciéndose tarde; la noche se avecinaba, y ella no quería malgastar el tiempo, porque cada instante le parecía un siglo entero á su desdichado padre. Alzando los suplicantes ojos:—Quisiera ver al Rey—dijo con voz temblorosa.

—¡Al Rey!—contestó uno de los guardias, asombrado de la osadía de Sirena. —¿Crees tú, chicuela, que el Rey no tiene más que hacer que recibirte en visita?

Infundiéronle tan pocos ánimos las palabras del soldado, que rompió á llorar amargamente.

—He venido andando desde muy lejos —dijo con voz cansada, cayendo rendida en los peldaños de la magnífica escalera.

—Pues tendrás que volver otro día; cuando S. M. quiera dar audiencia á sus vasallos. A estas horas no se le puede ver.

—Un instante tan sólo — dijo Sirena, aferrándose á los peldaños, temerosa de que la echasen á la calle.

—¿Pero es que realmente tienes necesi-

dad de ver al Rey?—contestó el soldado, conmovido, á su pesar, al ver la actitud de la niña.

—Hace ya mucho tiempo que está preso mi padre.

Y volvieron las lágrimas á inundar las encarnadas mejillas de la princesa.

—Déjala pasar, compañero—dijo otro guardia, que había escuchado la referida conversación.—Puede ser que S. M. quiera escucharla un rato.

—Lástima de ella, sí me da; pero como el Rey padre acaba de morir, y S. M. está tan atareado ahora...

—Anda, que si él no quiere verla, ya lo dirá, y quedaremos en paz.

Dejaron, pues, entrar á la niña en el *sagrado recinto*, y advirtieron á uno de los muchos pajes que por allí pasaban que fuese 'á averiguar si el Rey quería recibir á una muchacha á quien daba compasión verla y oírla, y que aseguraba tener que hablar de un asunto muy importante con S. M.

Al enterarse el pajecillo, hizo un signo negativo con la cabeza en tanto que mi-

raba con desdeñosa piedad á la suplicante muchacha, dijo: «Voy allá», y desapareció.

—Buena suerte, chiquilla— añadió entonces el franco y caritativo soldado.

La princesita pasó en un estado de mortal angustia los escasos minutos (por siglos los tuvo) que el paje tardó en volver con la respuesta.

—Muchacha, S. M. quiere recibirte un instante—le dijo éste al fin indicándole además que le siguiese.

Sin decir palabra cruzaron muchos salones admirablemente ornamentados que lucían riquezas portentosas, todas incentivos de dolor para Sirena, que recordaba su real estancia abandonada: tapices admirables, armas, muebles, cuanto puede el hombre soñar de rico y bello allí podía verse. Salieron á una espaciosa galería adornada de magníficos y grandes espejos, en los que la princesita se contempló por breve rato.

Llegaron al fin de aquélla; el paje alzó un rico cortinón de terciopelo bordado en oro; hizo pasar á Sirena; dejó caer la cortina y se fué.

Sirena, cuyo corazón palpitaba con violencia, se vió dentro de un salón cubierto de antiguos tapices que representaban asuntos mitológicos.

En el fondo vió á un joven que escuchaba con atención profunda lo que decían dos



ancianos personajes, de penetrante mirada y espaciosa frente, puestos de pie á un lado y otro del sillón donde aquél estaba sentado.

—Acércate, hija mía—dijo uno de los ancianos á la princesa, que clavada en la puerta miraba á todos, sin saber á cuál dirigirse.

—¡Yo quería ver al Rey!—replicó con timidez.

—Acércate—repitió el anciano—y hazle presente tu súplica á S. M.

Acercóse Sirena, temblorosa, al sillón; pero apenas fijó los ojos, empapados en llanto, en el rostro de aquel hombre, borráronse las prevenciones de su corazón casi de repente.

Nunca hubiera creído que fuese tan joven y gallardo. Los hermosos ojos que fijaba en ella aseguraban más la confianza de la niña en la justicia de aquel Rey.

—¿Eres tú el Rey?—le preguntó muy asombrada Sirena, mientras los ministros, que tales eran aquellos señores, protestaban en silencio de tamaña falta de respeto, la cual parecía regocijar al Rey, puesto que una sonrisa muy sincera iluminó su rostro.

—En efecto, yo soy. ¿Qué quieres, dime?—añadió clavando la mirada en la niña.

—¿Quieres poner en libertad á mi padre?—dijo con acento de súplica, cruzando sus manitas como si rogase al cielo.

—¡Faltas al respeto que debes á S. M.!—indicó con severidad uno de los ministros.

—También era Rey mi padre—respondió la princesita del mar—y en su reino me llamaban todos la *reinecita*.

Encogiéronse de hombros los ministros. No vió tal movimiento Sirena, porque sus ojos sólo tenían vista para mirar á Nizael, y su garganta voz para repetir: «¿Quieres poner en libertad á mi padre?»

—¿Qué me vas á dar en cambio?—preguntóle el Rey.

—Nada tengo que darte—dijo con acento tan sentido, que contrastaba con su infantil semblante.

—Mira mis vestidos, hechos girones; mira mi roto calzado. He perdido cuanto tenía; pero si me devuelves á mi padre, él te dará cuanto le pidas.

—¿Querrás abrazarme?

Miróle fijamente á los ojos la princesita.

—Te abrazaré si me devuelves á mi padre—le dijo valerosamente.

—Concedido—respondió él.

La cogió y la sentó sobre sus rodillas.

—Ahora—añadió, pasando la mano por los cabellos de Sirena — dime quien eres y de dónde vienes.

Hallándose tranquila la infeliz princesa, comenzó su relato conmovedor y sencillo, y cuando terminó, Nizael, que creía ver en ella á la hija de un malhechor, de un asesino tal vez, á quien los jueces habían encarcelado, reconoció al fin que tenía delante á la legítima heredera de aquel Rey destronado por su difunto padre. Por esto decidió dar hospitalidad á la viajera con todas las preeminencias de su noble rango.

Pero ella, dándole un beso de honda gratitud, abandonó los brazos del Rey, y

—Adiós—le dijo.— ¡Cuánta gratitud te debo! No te olvidaré jamás.

—¿Pero á dónde vas?—le preguntó Nizael deteniéndola.

—A decir á mi padre que ya está libre‘ gracias á tí—repuso con acento solemne, acento impropio de sus pocos años.

—¿Ahora, tú sola, á pie, por extraviados caminos, una débil criatura?

—A pie y descalza he llegado hasta aquí— dijo con sencillez.

—Conviene que esperes algunos días no más, para reponerte de las penalidades que has sufrido... O tu padre estará preso toda la vida.

Amedrentóle la amenaza, y se dejó conducir por las doncellas del Palacio al tocador, en el cual dejó los harapos que llevaba, reemplazándolos con elegante y magnífico vestido, y aprisionó sus abundantes cabellos en riquísimo tocado.

Al cabo de una hora, cuando la princesita lograba descanso en comodísimo sillón, un ligero golpecito dado en la puerta, hizo que acudiese una doncella y que la abriese de par en par.

Un paje apareció, llevando en opulenta bandeja de oro multitud de preciosísimas figuritas que el Rey regalaba á la princesa.

Como ella, en verdad, estaba habituada al lujo y al esplendor, se extasió contemplando las lindísimas muñecas vestidas de satén y de brocado, con sus caras de la más fina porcelana. La preciosa cocina, en

la que nada se echaba de menos, cacero-
las, sartenes, todo de plata y oro; tenia
cocinero mayor y marmitones ó pinches,
cuyos mandiles eran de finísima batista,
guarnecidos de ricos encajes de Valencien-
nes; el servicio de té era de porcelana
sajona de color de rosa, con sus cucharas
y tenacillas de oro labrado, cuajado de bri-
llantes y rubíes.

En fin, había con que entretenerse hasta
la hora de acostarse.

La princesita, acurrucada ya bajo el
blando edredón y las sábanas blanquísi-
mas de su nueva cama, soñó toda la no-
che que el cocinero mayor de su cocina
y los marmitones estaban muy atareados
con la comida que iban á servir á las se-
ñoras muñecas, que la esperaban majes-
tuosamente recostadas en pomposas oto-
manas.

Despertóse muy de mañana, y durante
un largo rato aun creía que soñaba, pero
al ver los objetos que en el sueño apare-
cían acá y allá esparcidos en el suelo,
volvió á la realidad y saltó de la cama
para arreglar los trajes y tocados de las

muñecas; pero otro golpecito en la puerta, semejante al del día anterior, le impidió dedicarse á tal tarea. Entró una de las doncellas á preguntarle, por encargo del Rey, si estaba visible, y si había dormido bien.

Fué preciso que Sirena olvidase á las muñecas y se vistiese apresurada, porque el Rey, que no podía perder tiempo, no debía esperar, y apenas terminó la doncella de ponerle el vestido, salió al saloncito de su cámara.

Sirena fué corriendo á abrazar al Rey como si fuesen ya antiguos amigos.

—¿Lo has arreglado ya todo para poner en libertad á mi padre?

— Sí, sí, niña mía.

Contenta por esta respuesta, exclamó:

—Ven á jugar conmigo. —Y por espacio de una hora, Nizael jugó con la niña y la vió jugar; y después fué á entregarse á los negocios y afanes del gobierno del Estado.

Cuando á la hora de almorzar se vieron otra vez, volvió Sirena á la eterna pregunta, y añadió:

— Quiero marcharme hoy, porque mi padre, ya ves, está muy solo.

Pero Nizael, que había tomado gran cariño á la princesa, le suplicó que se quedase algunos días más.

La princesa del mar consintió; quería mucho á Nizael, tanto como él á ella.

— Me quedaré hasta el sábado — dijo.

Cuando el sábado llegó, ya fué imposible detenerla.

— ¡Necesito ver á mi padre! — exclamó — que está tan abandonado y solo en la prisión.

Era el Rey muy generoso y noble para oponerse á tal deseo. Callóse y ordenó lo que tuvo por justo.

El segundo viaje de Sirena en nada se pareció al primero.

Aunque ella confiaba en que la Virgen María le daría amparo, como antes, y que podía volver á pie y sola, como había venido, no consintió en ello Nizael y ordenó que en cómoda carroza tirada por vigorosas y gallardas bestias y seguida de brillante comitiva, hiciese el viaje á las orillas del mar, y que ya en ellas fue-

se triunfal la entrada de la niña en su país á bordo de un poderoso barco que la esperaba.

—Díle á tu padre— dijo el Rey— que cuando los celestiales encantos que hoy adornan á la niña adornen á la mujer, iré á pedirte en matrimonio—y sujetó al cuello de la princesa una cadena de brillantes, de luz maravillosa, de la cual pendía un corazón de rubies.

Apenaba á la princesita no poseer nada que darle á cambio de tanta esplendidez; pero al subir al carruaje dejó en las manos del Rey una de sus negras trenzas, diciéndole en su ingénita humildad:

—No tengo otra cosa.

Gracias, niña de mi alma. ¿Me esperarás?
¿No es cierto que me esperarás?

—Sí, sí—contestó ella.

En el momento en que iba á arrancar el coche, volvióse Sirena y fijó una mirada de súplica en Nizael.

—¿Qué quieres, vida mía?

—Escucha—le dijo muy bajito, echándole los brazos al cuello.—¿Te enfadarás si les doy algunos juguetes de los que me

diste, á Ivonna y á Pedrin? Soy tan pobre, que nada tengo que darles.

Obtenido el consentimiento que pretendía, Sirena dió al Rey el último beso, y partió el coche, con gran contento de las damas de la corte, que miraban en la princesa á una rival temible.

II

Cierto que el Rey prisionero, muchos meses encarcelado, hubiera debido tenerse por mortal dichoso, cuando Sirena entró en la fortaleza vitoreada con entusiasmo por el pueblo, se arrojó en los brazos de su padre y le anunció que sus cadenas estaban rotas para siempre.

Nada fueron las privaciones y trabajos tan duros para una niña de su edad, que Sirena había soportado por amor á su padre, sin quejarse, porque soñaba y gozaba con la alegría del prisionero al verle devuelto al trono de sus mayores.

Pero el Rey del Mar no podía consolarse de haber sido derrotado, y á pesar de la

grandeza de alma que Nizael había tenido, mil veces más le hubiera satisfecho seguir aherrojado que deber la libertad á un enemigo. Así es que cuando Sirena, con su infantil sencillez, y por mitigar sus tristezas, le refería con sonora voz, enrojecidas las mejillas y brillantes los ojos de vehemente emoción, su estancia en el palacio de Nizael y las bondades de éste, la escuchaba sombrío, sin responder, mientras que su enflaquecido rostro se contristaba más y más.

La infeliz princesita del mar se preguntaba por qué su padre se hallaba ahora apenado; y un día, que en transportes de dicha y confianza filial le enseñó la cadena de brillantes y el corazón que de ella pendía, repitiendo la promesa de Nizael de pedirla para esposa, su padre, que la había escuchado lívido de furor, dejó estallar la mina de su contenida cólera, entregándose ciego al placer de imaginada venganza.

Desde entonces la pobre niña ocultó la cadena cuidadosamente y no volvió á hablar de Nizael, ni de la estancia en su corte.

Mientras que la trizteza reinaba en el palacio, en otro tiempo tan alegre, porque el carácter del Soberano hacíaase cada vez más melancólico y huraño y todos le abandonaban, sólo Sirena le mostraba el inalterable afecto y la lealtad profunda de una hija ejemplar.

Pero ocurrió que en cierta ocasión, cuando más intentaba consolar al Rey su padre, ordenóle éste rudamente que se alejase, y entonces, con lágrimas en los ojos se encaminó á la orilla del mar para relatar á sus amigas las olas, cuán grande era su dolor.

Y así pasó un año sin haber tenido noticia ninguna de Nizael, del cual esperaba siempre la visita prometida.

Preguntábale á su aya á qué edad podría realizar su matrimonio, y la expresada señora le decía que no podría ser antes de los quince años. La niña, que sólo contaba ocho, al reflexionar en los muchos que habían de pasar antes de ver á su prometido no se entristecía, sin embargo.

Pero el diablo, que lo enreda todo, despertó en un rey de Estados vecinos, que

llamaban el *Pais del oro* (porque se habían descubierto en él varias minas de tan precioso metal), la idea de unir dos tronos, ya tan poderosos y ricos, por el matrimonio de su hijo, el príncipe heredero, y Sirena, enviando al efecto, por conducto del embajador cerca del Rey del Mar, el consabido retrato del galán, al uso de las comedias de Calderón y Lope.

El Rey del Mar no ignoraba que su hija era la prometida de otro; pero su implacable orgullo le hizo aprovechar la ocasión que á sus manos se venía de humillar á Nizael, y de pagar su generosa nobleza con una ofensa, esperando que le declarase la guerra y conseguir que fuese imposible el matrimonio.

Acogió al mensajero del *Pais del oro* con el mayor agrado, y después que éste hubo gozado algún tiempo de las fiestas y alegrías de la corte, se despidió diciéndole que le honraba mucho la elección de tan rico soberano, y que el matrimonio podría realizarse al cumplir doce años la princesa.

El rumor de estos esponsales se espar-

ció muy pronto, y llegó á oídos de Nizael. La sorpresa de éste no tuvo límites; pero resolvió con enérgica franqueza, que era expresión fiel de su carácter, ir en busca del Rey del Mar y preguntarle la causa de su extraño proceder.

Mientras Nizael disponía su viaje, se realizaban en la corte de su enemigo regocijadas fiestas, en celebración de los esponsales de la princesita, cuyos azules ojos se enrojecieron de tanto llorar, al saber que nunca más vería á tan generoso monarca.

Este desembarcó cuando las fiestas estaban en su apogeo, y yendo de acá para allá fué á pararse ante una tienda á cuya puerta un viejo mercader se hallaba contemplando sonriente las iluminaciones de la ciudad.

El mercader creyó sin duda que aquel señor podía ser un excelente parroquiano, y mal que bien, logró que entrase en la tienda para enseñarle el género que tenía. Obligado á comprar cualquier baratija para concluir pronto, preguntó y supo, por dicho mercader, el camino del palacio, y hacia él se fué derecho.

S. M. estaba en el jardín rodeado de varios palaciegos. Sirena, sentada al lado de su padre, mirando al suelo con insistencia; y así la vió Nizael, más pálida y delgada que cuando él la conoció. Una exclamación repentina salió de los labios de Sirena, que reconoció á su querido amigo, y hacia el cual corrió para arrojarse en sus brazos.

El Rey y los cortesanos se miraron sorprendidos. El monarca frunció las cejas, y á juzgar por la expresión de su fisonomía, Nizael no iba á ser bien recibido.

Llevando de una mano á Sirena, se acercó al Rey y le dijo:

—Señor, no debéis conocerme, aunque sí habréis oído hablar de mí como yo de Vuestra Majestad. Soy el hijo de vuestro antiguo rival, el Rey del Mundo, y no ignoro los odios que entre V. M. y mi padre había. Pero ahora vengo á suplicaros, en nombre de Sirena, á quien los dos amamos tanto, que olvidemos el pasado, que aceptéis mi amistad y que me deis por esposa á la princesa.

—Mi hija es muy niña aún — respondió

el Rey del Mar mirando fijamente al joven con expresión extraña.

—No penséis en su edad, señor, cuando es cierto que la habéis prometido á otro—dijo Nizael acariciando la cabeza de Sirena.

El Rey pareció contrariado; reflexionó algunos instantes, alzó después la cabeza y una sonrisa iluminó su altanero rostro. Suplicó al joven, que fuese su huésped algunos días, y añadió que si pudiera disponer de la mano de Sirena á él se la daría, pero que ya estaba empeñada su palabra con otro.

Ordenó que sirviesen un refresco, y dirigióse al palacio con su hija y Nizael, seguidos de los asombrados cortesanos.

La alegría de ver á su antiguo protector, devolvió á Sirena los lindos colores de su rostro, notándose que en él había sustituido á la tristeza el regocijo, y que no quería, con gran escándalo de su aya, separarse de Nizael. Mas de una vez ocurrió que esta excelente señora, buscando á su educanda, la halló en el jardín, ju-

gando con su amigo, á cualquier inocente juego, pero jugando al cabo, lo que la hacía temblar; pues veía que las leyes de la etiqueta iban siendo letra muerta.



Pronunció muchos discursos repletos de elocuencia, pero no consiguió nada.

Una tarde Nizael escribía en su despacho y Sirena entró en él.

—Ven á jugar—le dijo, tirándole de un brazo.

—Ahora no, niña, estoy muy ocupado.

—Entonces—dijo ella con mimoso acento—deja que me quede contigo; mira, voy á sentarme en aquel rinconcito; no me moveré de allí.

Otorgóle permiso Nizael, porque nada podía negarle. A poco se vió al Rey en el umbral de la puerta; miró á Sirena, que acurrucada en el rincón, fijaba sus hermosos ojos en Nizael, esperando con paciencia á que acabase de escribir.

El Rey miraba á su hija y á su huésped con expresión extraña; su semblante cada vez se ponía más sombrío. Sin que su presencia fuera notada, se alejó lentamente acariciando la idea fija que pocos días antes había nacido en su mente.

Algunas horas después todos dormían en palacio; es decir, todos no, porque entre las sombras de la obscuridad el Rey del Mar se deslizaba cuidadoso en la habitación de Nizael, quien dormía vestido, rendido de sueño, recostado en un diván. Inclínose el Rey y oyó la respiración regular del joven, que le acariciaba el rostro. Al contemplar de cerca al infeliz

mancebo, se recrudeció su odio hacia aquel otro Rey, su enemigo, que tenía un trono más elevado que el suyo y que le humillaba con su generosidad. Ebrio de rabia pensaba que aquellos dos poderosos enemigos jamás le dieron tregua ni descanso: el padre vencién-dole á él, al Rey del Mar, que nunca conoció la derrota; el hijo penetrando, lleno de audacia, en sus dominios, para reclamar á Sirena como si fuese suya.

¿Y con un rival había de casar él á su hija? ¡No, no y mil veces no! Ahora tenía á Nizael en su palacio, bajo pretexto de fingida gratitud, y no debía dejarle escapar.

Era una hermosa noche de verano; la luna alumbraba la cámara con su luz plateada, y allá en la playa oíase el monótono batir de las olas. La tranquilidad y belleza de la noche hubieran debido vencer el empuje de las malas pasiones que implacables vivían en el corazón del Rey del Mar.

Y decir que todos los desórdenes del pasado y las luchas para el porvenir le serían perdonadas con sólo.....

Al pensar en esto tembló. El espíritu del mal y el ángel de su guarda luchaban; éste por salvar un alma para Dios; aquel por precipitarla en el abismo.

Cuando el Rey estaba de pié, presa de encontrados sentimientos, notó que Nizael, dormido, se movía ligeramente. El monarca venció al fin los escrúpulos de su conciencia, y alzó resueltamente el puñal que, nervioso, empuñaba.

Cuando ya iba á hundirlo en el pecho del mancebo se detuvo, mudo de espanto y de horror. A pocos pasos, en el umbral de la puerta, vió á Sirena que fijamente le contemplaba.

Al mirar á su inocente hija, quien parecía haber sido puesta allí por la misericordia divina para impedir que se cometiese crimen tan horrible, huyó presa de crueles remordimientos.

El ruido hizo despertar sobresaltado á Nizael; vió éste á Sirena, que de pie permanecía en el centro de la habitación, con las manos cruzadas, como si orase.

—¿Qué haces, Sirena?—le preguntó estupefacto.

—He tenido un sueño muy extraño.—
respondió con la entonación que tanto
había impresionado á la pescadora y sus



hijos. Estaba rezando á la Madre de Nues-
tro Redentor, cuando de repente volvió
hacia mí su divino rostro, y me dijo: «Ni-
zael, á quien tanto amas, se ve en peligro
de muerte; ¡corre!» Senti que el terror me

acongojaba y desperté. Sin duda fué un aviso del cielo.

—Pues has soñado, no lo dudes,—añadió con ternura Nizael.

—No he soñado —continuó Sirena.—Tú no puedes comprenderme.

—¿Y por qué?—le preguntó, cogiéndola en sus brazos.

—No debo decirlo —contestó ella, abrazándole.—Es un secreto de la Virgen y mio.

—No te comprendo, niña mia.

Pero Sirena había comprendido, y de su corazón subió á sus labios una ferviente oración.





LA NOCHE-BUENA DE ELVIRA



¡Navidad! piensa con alegría Elvira, hija mimada de la señora de Morieux, recorriendo con la mirada el monísimo gabinete que ocupa, en que las paredes, tapizadas de seda rosa, y los lujosos adornos, demuestran el bienestar, la elegancia y la riqueza de sus dueños; ¡mañana es Navidad!

.

¡Navidad! piensa al mismo tiempo, pero con tristeza Juana, procurando dar mejor aspecto á la guardilla desamueblada y

fria, mientras su hermanito, sentado en el suelo, se imagina mandar un batallón de soldados de plomo. ¡Mañana es Navidad!

.

¡Navidad! repite desde la cama en que la tiene postrada cruel enfermedad, Verónica, prima de Elvira.—¿Es esta noche, mamá, cuando viene el niño Jesús?

—Sí, hija querida, sí;—responde una mujer joven, en cuyo semblante apacible se lee la pena y la resignación, sin levantar los ojos de la costura que le ocupa junto á la cama de la enfermita.

—¿Crees que me curará—pregunta la niña, volviendo hacia su madre los hermosos ojos dilatados por la calentura—para que pueda correr y jugar como Elvira y sus amigas?

Tres años hace que oye la madre idéntica pregunta; por eso, y por saber que no queda esperanza, se han llenado sus ojos de lágrimas, mientras cogiendo entre sus finos y elegantes dedos las calenturientas manitas de su hija, le dice con dulzura:

— Ten paciencia, hija mía, pensando



que muchísimo más ha padecido el Niño
Jesús por nosotros.

—Siempre me dices eso —contesta triste y desesperenzada la chiquilla;—pero el Niño Jesús también ha padecido por los niños que se divierten, y yo hace tiempo que apenas puedo moverme.

Compasiva ternura hace enmudecer á la madre, que admirando la extraordinaria resignación de Verónica no puede menos de pensar en lo distinta que es su vida de la de otros niños amiguitos suyos. Sin exhalar una queja, sufre siempre; pero hay días en que la flaqueza humana predomina y en que más entristece la enfermedad, y éste es uno de ellos, pues cada año pide Verónica al Niño Dios que sea la salud el regalo de tan notable fecha, y siempre es en vano.

.
—¿Crees que me traerá algo el Niño Jesús? —pregunta en tanto Jorgito á su hermana.—Voy á poner mis zapatos junto á la chimenea, para que me los llene de dulces y regalos; soldados, soldados es lo que yo quiero —añade sin ver la pena que en Juana producen sus preguntas, pensando en el disgusto que tendrá su hermani-

to al no encontrar mañana en sus zapa-
titos algún juguete, comprado otras veces
con sus ahorrillos, que este año han te-
nido que emplearse en cosas más impres-
cindibles.

Por eso, su corazón acongojado sufre
con las preguntas de su hermano, que
quiere un batallón completo, y no ve,
pues declina la tarde, correr lágrimas por
las pálidas mejillas de Juana,

.
— ¡Señorita Elvira, señorita Elvira! —
grita la doncella entrando precipitada-
mente en el gabinete— mire la señorita
qué hermoso regalo le hace su padrino
por ser Noche Buena; y al decir esto pre-
senta á Elvira, que se había quedado me-
dio dormida en su sillón, una preciosa
muñeca, verdadero objeto de arte, en que
la expresión del bien pintado rostro y los
peinados bucles pudieran hacerla con-
fundir con uno de esos niños rubios, son-
rosados y graciosos que ve Elvira jugar
todos los días en los Campos Eliseos. Aun-
que las manitas de porcelana de la mu-
ñeca no parecieran llamar á su nueva

dueña, poco tarda Elvira en correr á contemplar el magnífico juguete, que después admira extasiada, sin atreverse á tocarlo por temor de romperlo, encontrándola así su madre media hora después, aunque con la diferencia de ocupar Blondine (nombre con que la niña ha bautizado á su hija) el mejor asiento bajo la mirada protectora y cariñosa de Elvira.

—¿Estás lista, monina? Tenemos que ir á ver á la señora Luisa y á Verónica.

—Mira, mira, mamá—contesta la niña entusiasmada—lo que el tío Jaime me ha enviado.

—¡Preciosa muñeca! Tu padrino Jaime es muy bueno, y mañana deberás ir á darle las gracias; pero ahora ponte el sombrero para venir conmigo á ver á tu primita. ¡Pobrecilla!

Siempre es Elvira muy obediente; pero hoy no quiere separarse de Blondine; tal es la causa de consentir al fin la señora de Morieux que vaya también la muñeca á hacer visitas, pero recomendando á su hija tenga cuidado de no romperla, y

ofreciéndole después ir á la calle de la Paix para comprarle la pulsera *portebonheur* que tanto desea.

Por eso, y mientras su madre acaricia su rizada cabecita, lleva Elvira muy estrechamente abrazada su muñeca, para librarla, sin duda, de la trepidación de la berlina, que, pausada y majestuosamente, abandona la Avenida del bosque de Bolonia, encaminándose á la modesta habitación que ocupa la tía Luisa en la calle de la Pompe.

— Buenas tardes, Luisa—dice la señora de Morieux al entrar—¿qué es esto, Verónica acostada, siendo apenas las seis?

— Sí, tía, me dolía mucho la espalda; ¡oh, qué bonita!—dice después, fijándose en la muñeca que Elvira sigue teniendo abrazada.

—¿Dónde la has comprado?—pregunta Luisa á su sobrinita.

— Me la ha regalado como aguinaldo mi padrino—contesta Elvira muy orgullosa del éxito de su hija.

En la carita de Verónica se pinta la mayor de las sorpresas, mientras dice:

—Yo creí que era el Niño Jesús quien traía esta noche todos los juguetes.

—Sí, querida mía, sí, de Él nos viene todo;—replica la señora de Morieux que no quiere desvanecer tan cándida y encantadora creencia de su sobrina, siguiendo despues su conversación con Luisa, mientras las niñas admiran la muñeca y juegan con ella, pasándosela de mano en mano.

Al cabo de un rato, la señora de Morieux se levanta.

—Es muy tarde, Elvira; despídete de la tía y de Verónica, y vamos, porque tengo que hacer algunos encargos antes de volver á casa.

Elvira obedece; pero al recoger á Blondine, que se hallaba en la camita de Verónica, para que ésta la pudiera ver mejor, oye un hondo suspiro de la enfermita, que repercute en su corazón sensible; por eso sigue en silencio á su madre y apenas la oye cuando, ya en la berlina, ésta le dice que otras ocupaciones más urgentes le impiden acompañarla á casa del joyero; pero que puede ir con su aya Su-

sana y comprar la pulsera con el dinero que en elegante bolsita le entrega; pero Elvira no la ve siquiera, pues hace rato que está haciendo pucheros.

—¿Qué tienes, monina; qué te pasa?— dice asustada la madre, mientras la niña llora.

—Pienso en Verónica. ¿Mamá, estará siempre así, dí?

El hermoso rostro de la señora de Morieux se entristece.

—Sí, la pobrecilla es digna de lástima... y, sin embargo.... Pero no te pongas así, mi cielo, no te desesperes....—dice á Elvira que lloriquea aún;—ves tú, hay cosas que no podemos comprender.

Y entonces explica á su hija que su primita casi es digna de envidia, puesto que con su paciencia y su resignación á la voluntad divina, hace méritos por los más imperecederos bienes y purísimas alegrías de la otra vida.

Pero poco ha oído Elvira, cuya aflicción sigue, del hermoso discurso de su madre, cortado por la parada de la berlina delante del lujoso hotel.

—Vaya, no llores más, hija mía; di á Susana que te acompañe á la calle de la Paix, y tranquilízate; mañana buscaremos juntas un bonito regalo para Verónica.

Con la muñeca al brazo y el lindo portamonedas de su madre en la mano, sube Elvira á su cuarto; pero muy lejos debe estar su pensamiento, pues dejando ambas cosas en una silla, se sienta cerca y se queda meditando en algo que no debe ser alegre, á juzgar por su carita triste y por los lagrimones que corren por sus sonrosados carrillitos.

Así la encuentra su aya Susana media hora más tarde, al entrar en el elegante gabinete de seda rosa.

—¡Cómo! ¿estás aquí, encanto mío? No lo sabía. Ese bobalicón de Pedro nada me había dicho. ¿Hace mucho que estás sola y á oscuras?..... Voy á encender..... ¡Cielos!..... ¿Pero por qué lloras?..... ¿qué tienes?

—Nada, no es nada.

—¿Nada? Pero si estás hecha una Magdalena,—dice Susana, que quiere mucho á su señorita;—¿alguien te ha disgustado?

Esta cariñosa asiduidad hace sonreír á la niña á través de sus lágrimas.—No, no es eso, es otra cosa.

—¿Qué? ¡Dime, monina!

—Ya se lo diré á usted..... más tarde..... ahora deseo me acompañe para hacer un encargo.

—Todos los que quieras con tal de que estés contenta y alegre; corro á ponerme el sombrero.

Y así lo hace, dejando á Elvira, que se ha levantado, en contemplación de su muñeca, á la que mira con mezcla de sentimiento y de cariño.

—Ya estoy lista—dice volviendo Susana—con que vamos. ¿Pero dónde iremos? ¿A ver los escaparates de la calle de la Paix, ó á comprar chocolate en casa de Siraudir?

—No, Susana, no puedo pensar ahora en divertirme; tengo que ver á Verónica.

—¡Es cierto! No pensaba yo en ella. Es claro, tienes que felicitarle las Pascuas; ¡bien tristes serán! ¡Pobrecilla!... ¿pero no te llevas la muñeca?

—¡Oh, sí!—grita Elvira, estrechando

sobre su corazoncito á Blondine, su Blondine, su hija, como si se despidiera de ella para siempre.

Cinco minutos después está en la calle en espera de un coche, que no parece por ninguna parte, y ya se deciden á marchar á pie, cuando una niña que viene corriendo tropieza con Elvira, que á la luz de un farol reconoce á Juana.

— Buenas noches, Juana.

Sobrecogida y en su aturdimiento ésta no reconoce á Elvira, á quien saluda con una tristeza que no escapa á ésta, y le hace exclamar:

— ¿Qué disgusto es ese, Juana?

Como se ha esforzado Elvira para endulzar su pregunta, se esfuerza Juana para sonreír al responder; pero en vano, pues su risa termina en lágrimas.

— ¿Por qué lloras? — insiste la niña, comparando interiormente su existencia mimada á la de Juana, que teniendo poco más ó menos su misma edad, tiene que ganarse la vida, ocuparse de su hermanito y cuidar de su casa. ¡Qué contraste!

Finalmente, y no sin vacilar primero

mucho, confiesa Juana sus penas: su padre no tiene trabajo, ella no gana lo bastante, falta todo en su guardilla, y por la primera vez de su vida se tendrá que quedar Jorgito sin regalo de Navidad, á pesar de creer con tierna fe que no nacerá Jesús sin traerle algún regalo. Ya ha puesto, siguiendo la antigua costumbre francesa, sus zapatos junto á la chimenea, ha recomendado mucho á su hermana que le despierte á media noche, y se ha dormido después de rezar lleno de esperanza.

¡Pobrecito! Cuando al despertar encuentre vacíos los zapatos que con tanto cuidado como fe colocó, cuando..... y Juana no puede seguir ahogada por las lágrimas. Elvira la quiere mucho, y sobre todo la admira por la ternura con que se ocupa de su hermanito, para quien hace de madre, ya que al darle á luz murió la verdadera, dejándolos solos con el padre, al que, muy excelente obrero, ven poco por absorberle su trabajo; hace tiempo que Elvira conoce á los niños de verlos en misa los domingos, y mas de una vez ha dado su madre á Jorgito un duro, con

alguna frase de cariño; así es que procura consolar á su antigua amiga, que al fin dice:

—Vaya, me voy, que no puedo dejar solo á Jorge tanto tiempo. Buenas noches.

—Oye, ¿no está tu papá en casa esta noche?

—Ay! señorita. Estará buscando ocupación, en lugar de pasar la Noche-Buena con nosotros. ¡Hay tan poco trabajo! y además..... hace días que no le pagan. Adiós, señorita.

Elvira sigue con la mirada á Juana, que dicho esto se aleja, hasta que la esquina de la calle la oculta á su vista, volviéndose entonces hacia Susana, que ha asistido muda á esta escena, para decirle:

—Vamos á casa de la tía.

Aunque no está lejos la calle de la Pompe, como el coche sigue sin parecer y caminan deprisa, algo cansada está Elvira al llegar al piso segundo en que vive su tía, sin contar con que Blondine va pesando mucho, piensa la mamá de la muñeca.

La criada que ha venido á abrir dice que, como Verónica se ha dormido, salió su madre á hacer una visita, y por eso... Elvira no ha oído más; dejando á Susana en el recibimiento, ha entrado de pun-



tillas en el cuarto de Verónica, y después de contemplarla y observar que aún conservaban la humedad de las lágrimas sus largas y sedosas pestañas, coloca con cuidado de no despertar á la enfermita,

su muñeca (inconsciente del cambio de porvenir que le espera), á los pies de la cama, y sale sin mirar atrás.

— ¿Dónde vamos ahora? — pregunta levantándose Susana, que charlaba con la criada.

Elvira saluda á ésta y abandona la casa sin hablar, conmovida aún del sacrificio que acaba de imponerse; pero consolada al pensar lo dichosa que será Verónica al despertar y encontrarse en su camita á Blondine; ella, que cree que sólo el Niño Jesús trae dulces y juguetes á los niños buenos. ¡Cómo cuidará y querrá á la muñeca, pensando que es recuerdo suyo! Estas ideas consuelan á Elvira, y poco á poco la llenan de alegría muy pura y satisfacción muy honda.

— ¿Vamos á comprar chocoláte? — pregunta Susana, cuando han logrado encontrar un coche. Pero el *porte-bonheur* vuelve á la imaginación de Elvira, que se hace llevar á la calle de la Paix.

Ahí está, en su sitio, la linda pulserita de cadenilla que tanto ha deseado y que sus padres le han prometido como agui-

naldo. ¡Esa, esa es!..... Pero al mismo tiempo que mira las joyas, cuyo brillo realza el rojo terciopelo del escaparate, le pasa por la mente el recuerdo de Juana, y en cada una de estas joyas cree ver una de aquellas lágrimas, llenando de amargura su corazoncito al pensar que la pobre no podrá comprar nada á su hermano.

Sin querer, vuelve los ojos hacia la pulsera, que cada vez le parece más bonita; mira luego al portamonedas que encierra el precio de su capricho, y que pudiera comprar tanta alegría á los pobres desgraciados....

—¿Entramos?— dice Susana, que también está en contemplación de tanta alhaja; Elvira duda entre la felicidad de sus amiguitos y su gusto de adquirir el *porte-bonheur*; la tentación se hace mayor, al pensar que ya ha sacrificado la muñeca; ¿ha de renunciar también á la pulsera? ¡Ah! no, eso sería demasiado, Jorgito puede por esta vez aguantarse; ¡hay tantos otros niños que no tienen regalo de Navidad!

Esta reflexión le hace decidirse y avanzar con decisión hacia la puerta, como para sacudir ideas inoportunas; pero en el momento en que su aya va á abrir, cree ver Elvira, no joyas estupendas, ni oro, ni brillantes en el escaparate..... sino la guardilla fría en que está Juana llorando, mientras su padre busca trabajo y se desespera Jorgito ante sus zapatos vacíos.

Esta visión, avivando su remordimiento de querer satisfacer un capricho, hace que deteniendo á Susana grite entre sollozos:

—Vámonos pronto, no quiero ya la pulsera.

.

Unas horas después, cuando las campanas á vuelo anuncian á los hombres que es la Noche-Buena, y que el Dios de cielos y tierra ha nacido, Verónica sentada en su camita, tiene á Blondine abrazada, la cubre de besos y dice á su madre, que acaba de entrar despacito en el cuarto para no despertar á su enfermita: «¡Mamá, mamá, había dos! El niño Jesús

me ha traído una muñeca igual á la de Elvira»; y se olvida en su fe inocente de los males incurables que padece, mien-



tras su madre, bendiciéndola, reza por su sobrina con todo el amor de su corazón agradecido.

A la misma hora, y no muy lejos, es también dichoso Jorgito contemplando soldados de todas armas, en santa paz, en sus zapatos, un batallón completo, con el que podrá jugar y divertirse; además, un árbol colosal extiende sus ramas en el cuarto, y de él cuelgan, á más de dulces y sorpresas, un Niño-Jesús para Juana, y ropa blanca, y calzado, y cuánto, en fin, necesitan los pobrecillos. ¡Todo el dinero de la pulsera está allí! ¡Ahora sí que ha sido *porte-bonheur*!

Y mientras Jorgito se admira, se entusiasma y lo toca todo, Juana llora en un rincón, pero ahora no es la tristeza la causa de sus lágrimas, es la alegría y el agradecimiento.

.

Al regresar del Louvre, donde Elvira ha hecho sus compras, se dedica á organizar en frente de su cama un Nacimiento, y se siente feliz al contemplar al Niño Jesús desnudito en el pesebre. Nunca ha estado más contenta la niña, pues ella también, por imitar al Dios que quiso nacer pobremente en un establo, ha renun-

ciado á sus regalos, sacrificando sus caprichos en provecho de los desgraciados.

¡Pero de cuántos bienes y felicidades no la colmará ese Niño-Dios, que no se deja ganar en generosidad y devuelve ciento por uno! ¡Y cuánto no la harán gozar las dichas del desprendimiento, bajando á su corazón para hacerla feliz!

De su éxtasis saca á Elvira el reloj, dando las doce ¡Nació el Niño-Jesús, Rey de los Reyes! Y parece sonar en los oídos de la niña una invitación de los Angeles para que, unida al coro celestial, á que se ha hecho acreedora, cante con ellos:

Venite adoremus.





MARÍA DE LOS ANGELES

(CUENTO DE NAVIDAD)

I.

—Mal día: á pesar de tanta gente no he llegado á reunir dos reales.

—Tenga V. paciencia, abuela Marti-

na, si no ha sido á la entrada, será á la salida cuando haga V. su Agosto, y si no mañana.

— ¡Ah! José, tú siempre el mismo; nunca te afliges, nunca te acobardas, en la vida te impacientas ni reniegas; yo no sé como te las compones.

— Pero ¿qué quiere V. que haga? puesto que no hay otro remedio, soportar los males de esta vida lo más alegremente posible. Más sufrió Jesús por nosotros, como decía el viejo cura de mi pueblo.

— ¿Y vosotros habláis de sufrir?—replicó con acritud una anciana ciega que habia escuchado silenciosamente el diálogo anterior; — si estuviéseis privados de la luz como yo, entonces sabríais de esas cosas.

La señora Martina se encogió de hombros y no le contestó nada.

El joven le replicó con el tono dulce y alegre que empleaba siempre:

— Nunca hemos hecho comparación alguna entre nosotros; nadie ignora lo grande que es vuestra desgracia.

— Lo que no quiere decir que por eso seamos nosotros dichosos— murmuró la

señora Martina—¡estar sentada á la puerta de una iglesia todo el día, para recoger veinte y treinta céntimos; andar luchando con la policía y verse precisada á correr toda la ciudad para llegar á un mal tugurio! En cambio, á los ciegos todo el mundo les da limosna y les compadece. Pero ¿quién se ha colocado ahí enfrente? Una chica; ¡eso solo nos faltaba! ¡Largo de ahí, zagalona; aquí no hay sitio para tí!

—Dejad en paz á esa pobre niña — dijo José lleno de compasión.

—Tú siempre serás el mismo—replicó la vieja;—bueno, que se quede, ya que te empeñas.

—Por eso la dan las mejores limosnas —murmuró la ciega.

La recién llegada se colocó timidamente en el sitio que de mala gana le señaló Martina, levantando sus grandes ojos y dando gracias con ellos á José.

—¡Pobrecita! —le dijo éste con tono aún más dulce—estás muy cansada y tienes frío, ¿no es verdad?

La niña le siguió mirando, no sólo con reconocimiento, sino á la vez con asom-



bro; seguramente hacía mucho tiempo que no había oído palabras tan cariñosas dirigidas á su persona,

—¿En qué piensa tu familia, que te envía á pedir limosna siendo tan niña, en vez de tenerte á su lado?—le dijo Martina mirando á la pequeñuela.

Los grandes ojos azules de ésta se llenaron de lágrimas, y con voz temblorosa dijo:

—No tengo parientes; los he perdido todos.

—¡Pobre niña!—dijo José:

La ciega tosió, y Martina, después de un ¡hum!..... repetido, siguió su interrogatorio.

—¿Cómo te llamas?

—*Gota de Barro.*

—¡Miren ustedes, qué nombre para una criatura!—dijo la ciega desdeñosamente.

—Es que éste no es mi verdadero nombre—le replicó aquélla con su voz argentina;—me llaman así por lo pequeñita que soy y porque siempre estoy en la calle; mi nombre verdadero es María de los Angeles.

En este momento comenzaron los fieles á salir de la iglesia; gran número de señoras cubiertas con mantilla, llevando



sendas banquetas en una mano y sosteniendo en la otra algunos libros de devoción y lujosos rosarios, fueron lentamente desfilando.

—Una limosna por el amor de Dios—
empezó á decir Martina.

—Cinco céntimos para esta pobre que
no lo puede ganar—murmuró la ciega;—
Santa Lucía les conserve la vista.

Pocas personas se paraban al escu-
charlas, pasaban rápidamente, sólo alguna
que otra se detenía para darles cinco cén-
timos.

Una señora joven y de porte distingui-
do, conmovida por la infantil belleza de la
niña, depositó en sus manos algunas mo-
nedas; después, al ver á su lado á José,
que se descubría y la saludaba militar-
mente, revolvió su bolsillo, pero no encon-
trando nada en él, le dijo con dulzura:

—Lo siento mucho; pero no llevo más.

Este se inclinó.

Lentamente fueron desapareciendo los
fieles; la iglesia quedó desierta, y las som-
bras de la noche lo invadieron todo.

Martina cogió del brazo á la ciega, y
después de dar las buenas noches á sus
colegas de petitorio, desaparecieron por
una callejuela inmediata, dejando solos á
José y á *Gota de Barro*:

II.

—¿Qué vas á hacer ahora?—le preguntó aquél.

—Me voy á dormir bajo el pórtico de una iglesia; la casa de Dios me gusta más que cualquier otra parte de la ciudad—le replicó con el tono más natural y como si se tratara de una persona de su confianza;—á más, tengo mucho frío para dormirme á la intemperie.

—¿Pero, no tienes casa?

—No, duermo unas veces en una parte y otras en otra, donde me lo consienten las buenas almas.

—¿Quieres venir conmigo?

—¿Tú tienes casa?—dijo María de los Angeles, levantando con asombro hacia José sus grandes y hermosos ojos azules.

—Sí—respondió éste sonriendo—no es muy grande; pero lo bastante para que tengas siempre un lugar en ella, pobrecita María.

Después de esto. continuaron marchan-

do juntos por largo rato; él contento con llevar de ángel protector á aquella niña; ella feliz por haber encontrado un amigo. De repente, después de un largo rato de silencio, exclamó María de los Angeles:

—¿Está muy lejos tu casa?

—Sí, todavía hay mucho que andar. ¿Por qué lo dices?

—Porque estoy muy cansada y me duelen los pies.

—Torpe de mí —dijo José— que no había caído en ello; — y tomando á María de los Angeles en sus brazos, prosiguió su camino.

—¿Sabes en lo que estoy pensando? —le dijo ésta después de un corto espacio de silencio.

—No, ¿qué es ello?

—¿Tienes tú dinero?

—Sí, tengo una moneda de cinco céntimos á tu disposición para lo que quieras.

—Pues nada; yo tengo otra moneda de diez céntimos —dijo la niña con aire serio —y quisiera compartirla contigo, que eres tan bueno para mí.

—Vaya, que tiene gracia —dijo José —

puesto que quieres hacerme un regalo dame un beso muy apretado, me gusta más que tus diez céntimos.

La niña aplicó con toda la fuerza de que era capaz sus sonrosados labios sobre las mejillas de su compañero, y hablando y riendo continuaron su camino entre la turba indiferente, que no se dignaba siquiera mirarles al pasar por su lado.

III.

Media hora después José y su preciosa carga subían la torcida y empinada escalera de la casa donde aquél habitaba; una vez llegados al último piso, sacó el mendigo de su bolsillo una llave, y abriendo la puerta penetró en un pequeño cuarto compuesto de cuatro habitaciones.

—Vives cerca del cielo.

—No tan cerca como yo quisiera, hija mía; siéntate, que voy á encender luz.

María de los Angeles se sentó en un banco que á tientas le acercó José, y continuó su interrogatorio.

—¿Eres casado?

—No; soy solo en el mundo.

—Entonces eres como yo.

—Sí; pero al verte tan resuelta—dijo José sonriendo,—yo te creí madre de familia.

—¡Ah! como te burlas de mi; pero no importa, aquí estaremos muy bien los dos juntitos; yo te quiero mucho, y cuidaré y arreglaré tu cuarto como en otro tiempo lo hacía con el de mi papá, que ahora está en el cielo.

José escuchaba sonriendo á la niña, mientras depositaba algunos fiambres en una mesa coja, arrimaba á ella dos sillas, diciéndole: Ahora vamos á cenar.

María de los ángeles se agitó con entusiasmo en su sitio y batió palmas con sus manécitas; una cena sobre una mesa y bajo techado, por modesta que fuera, era un lujo al cual la pobre niña hacía mucho tiempo que no estaba acostumbrada. Comió, pues, con gran apetito, diciendo al terminar:

—¡Qué bien que estamos aquí, y qué contentos!

—¿Te gusta?

—Ya lo creo; desde que mamá y papá se fueron al cielo, he dormido en la calle ó en el rincón de algún pórtico de la iglesia; nunca bajo techado, y las noches son tan frías y las piedras tan duras!

—¡Pobrecita! — dijo José conmovido, mirando los harapos que cubrían á la niña —mañana yo te buscaré un vestido y unos zapatos.

—¿Pero eres tan rico para poderme comprar todo eso?

—No, hija mía; pero iré á ver á unas señoras muy buenas y muy caritativas, y ellas me lo darán.

—¡Qué bueno eres! —Y dejando su sitio colocóse la niña sobre la rodilla de José, acariciándole. — ¡Nadie me ha querido tanto, desde hace mucho tiempo!

Este no le respondió nada; pero estrechó cariñosamente á María de los Angeles, pasándole los brazos por el cuerpo y las manos por su rizada y rubia cabellera.

—¿Pides tu también limosna como yo,

siendo tan grande y tan fuerte? ¿Es que no puedes trabajar?

—Es difícil trabajar cuando no se tiene más que una mano, hija mía.

—¿Pero tú no tienes más que una mano?
—le dijo la niña fijándose en el envoltorio que cubría la extremidad del brazo de José.—¿Te han cortado la otra?

—Sí, en la guerra.

—¿Tú has estado en la guerra? ¿Qué espantosa debe ser la guerra! ¿no es verdad?

—Sí, muy espantosa.

—¿Tú has sido soldado?

—Sí; fué preciso que yo partiera á la guerra; mi madre lloraba; tenía el presentimiento de que no me volvería á ver, y con efecto, á mi vuelta ya no existía. Desde entonces estoy completamente solo; cuando hay trabajo, trabajo; cuando no, voy á pedir limosna á la puerta de la Iglesia para no morirme de hambre; pero ahora tú te quedarás conmigo y me querrás mucho, ¿no es verdad, ángel mío?

—Sí, sí, mucho—contestó la niña batiendo palmas.

IV.

Al siguiente día, llevando de la mano á su pequeña compañera, se dirigió José al templo en donde tenía costumbre de pedir limosna cuando le faltaba trabajo. María de los Angeles tenía mejor aspecto que el día anterior; el buen soldado había limpiado cuidadosamente sus vestidos, pobres, pero sin roturas ni manchas; estaba mejor peinada y se había ya desayunado, cosa que, á aquella hora, hacía mucho tiempo que no le había sucedido, pues el previsor inválido había guardado algunas viandas, restos de la noche anterior; á más de esto estaba loca de alegría por tener ya un amigo en el mundo.

Marchaba al lado de éste, volviendo y revolviendo en todas direcciones sus grandes y hermosos ojos azules y agitando su rubia y flotante cabellera, á la que sólo faltaba el limbo para dar á su hermoso rostro el aspecto de un ángel, cuando oyó á su lado una exclamación de asombro seguida de estas palabras:

—¡Oh! ¡qué niña tan hermosa, nunca la ví igual!

Volvieron el rostro José y la niña, y encontráronse delante de un suntuoso hotel particular, en cuya puerta de hierro había una mujer joven, que á juzgar por su traje, debía ser doncella de la casa.

—¡Qué prodigio de niña!—continuó;— ¿es vuestra hermana?

—No —dijo José;—nunca he tenido hermanas.

Y se paró, aproximándose con la niña á la puerta.

—¿Quieres abrazarme?

María de los Angeles por toda respuesta, rodeó sus pequeños brazos por el cuello de la que la interrogaba y le dió un beso en la mejilla.

—¡Qué mona y qué amable eres! ¿Cómo te llamas?

—María de los Angeles; pero por ahí me llaman también *Gota de Barro*.

—Si la señora viese esta niña—dijo la doncella hablando consigo misma.

Y luego, herida por una idea repentina, se dirigió á José diciéndole:

—Esperad aquí un momento, y permitidme que suba un instante con la niña al cuarto de la señora.

—No, no—exclamó María de los Angeles;—yo no quiero separarme de él.

Se reflejó tal expresión de pena en el rostro de la doncella al oír esta respuesta, que el bondadoso José se conmovió y no pudo menos de decir á la niña:

—Es preciso complacer á esta señora que ha sido tan amable. Vé con ella y sé buena, que yo te esperaré aquí.

—¿Pero me dejarán volver? —dijo María de los Angeles con cierta inquietud — porque yo no quiero separarme de ti.

—No es más que un momento—dijo la doncella—dirigiendo á José una mirada de agradecimiento.

Y cogiendo á la niña en sus brazos, atravesó corriendo el jardín, subió los cuatro escalones que conducían á la cerrada puerta y tiró violentamente de la campanilla, cuyo sonido se oyó en toda la casa.

Acudió en el acto á abrir un criado serio y grave, con anchas patillas é inta-

chable librea, el cual, al ver la carga de su compañera no pudo menos de exclamar:

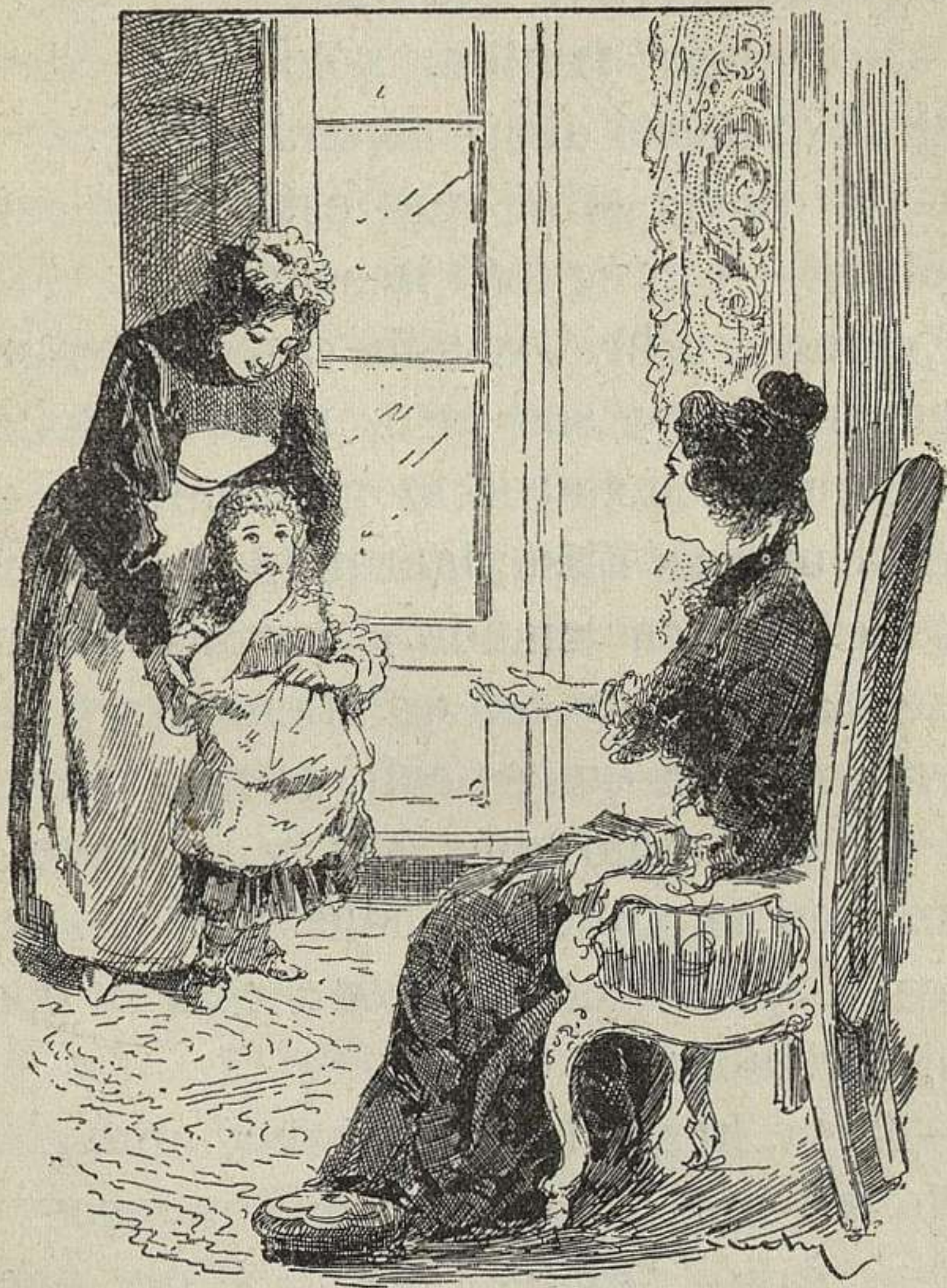
—Esta Elisa está loca.

—Ya os explicaré yo después lo que ha sido, Bautista.—dijo ésta en tono conciliador, pasando con rapidez por delante del portero, siempre con la niña en brazos, que estaba deslumbrada al ver tanto lujo y esplendor; subió rápidamente la escalera, cruzó algunos salones, decorados con gusto y riqueza, y se dirigió á un reducido saloncito, donde en un sofá estaba medio reclinada una mujer joven y hermosa, pero en cuyo rostro se veían bien á las claras las señales de una gran tristeza.

—¿Qué hay, Elisa?—dijo al verla entrar.

—Señora, quiero sólo que veais esta niña, que desde el jardín he visto pasar por la calle; mirad que linda es: me ha parecido que esto os distraería, y sabiendo lo mucho que queréis á los niños y lo que sentís que Dios no os los haya concedido, le he rogado que subiera conmigo hasta aquí.

Una débil sonrisa apareció en el rostro de la señora, que al ver á la niña de pie



delante de ella, le dijo con acento dulcísimo:

—Ven aquí, hija mía, ¿cómo te llamas?

La niña avanzó tímidamente, hacia ella, diciéndole:

—María de los Angeles.

—¿Dónde está tu familia?

—No tengo familia, sólo tengo desde ayer al que está abajo esperándome.

—¿Y quién es el que está abajo esperándote?—le preguntó la señora.

Entonces refirió la niña con un lenguaje encantador y con gran sencillez la historia, que escucharon atentamente sus dos interlocutoras: Elisa, lanzando exclamaciones de vez en cuando y levantando sus manos al cielo; la señora silenciosa y conmovida, hasta que se calló la niña, entonces la aproximó más á sí, y pasando su brazo por la cintura de María de los Angeles la apretó suavemente contra su corazón, diciendo:

—Elisa, haz subir al que está abajo.

No se hizo ésta repetir dos veces la orden; salió rápidamente, y á los pocos momentos penetraba en la estancia, seguida del buen José.

—¡Este es, éste es!—exclamó con alegría María de los Angeles al verle entrar.

—La niña me ha dicho—interrumpió la señora—que no tiene pariente alguno, y que V. la ha adoptado por caridad.

Quedó muy turbado con estas palabras el joven; dió algunas vueltas á su sombrero, no sabiendo qué responder, pues nunca supuso que su buena acción, que había hecho en silencio y ante Dios, fuera tan pronto conocida de los hombres; por fin todo lleno de rubor respondió:

—¡Por la Virgen Santísima, señora! Esto no tiene mérito alguno; encontré la niña completamente abandonada, y como yo estoy también solo en el mundo, creí que me haría favor viviendo conmigo. Esto ha sido todo lo que ha pasado.

La señora le miró con admiración y sintió vergüenza al ver ante sí á aquel hombre, pobre, sin bien alguno, obligado á mendigar el escaso pan que llevaba á su boca, y que, sin embargo, recogía y amparaba á un sér más desvalido que él, ocultando y disminuyendo el mérito de su obra; mientras que ella, llena de riquezas, nadando en la abundancia, pasaba su vida triste, aburrida, descontent-

ta de Dios y de los hombres, siéndole tan fácil atesorar en el cielo bienes eternos é imperecederas ganancias, haciendo á otros felices y siéndolo ella misma; á esta reflexión sus ojos se llenaron de lágrimas; una idea repentina cruzó por su imaginación, y prorrumpió después de un instante de silencio:

— Es muy hermoso lo que habéis hecho; pero ¿queréis darme la niña?

Al oír esta pregunta, palideció el pobre soldado, y su corazón latió con violencia; solo en el mundo desde su infancia, ansiaba dedicar á alguien el tesoro de afectión y de ternura de que rebosaba su alma: en esta situación, Dios había puesto en su camino aquella niña desvalida, y con ella un rayo de sol había penetrado en su pobre morada, antes fría y desierta, y cuando no había aún empezado á gozar de esta dicha, le pedían que renunciase á ella.

Pero, en honor á la verdad, este pensamiento pasó sólo como un relámpago por su imaginación; vió el distinto porvenir que ante la niña se presentaba con una y otra adopción, y apretándole la

mano que tenia entre las suyas, le dijo con voz firme, entregándosela á la señora:

—Anda, hija mía.

María de los Angeles fijó la mirada en ambos; su imaginación, despierta y viva, le dió pronto cuenta de lo que ocurría: las lágrimas que pugnaban por asomar á los ojos de su amigo, y la alegría que brillaba en el rostro de la señora, le dijeron con claridad de lo que se trataba, puesto que agarrándose con violencia á José, exclamó llorando:

—¡Yo no quiero separarme de tí! ¡yo quiero estar contigo!

—Amor mío, yo te prometo —le dijo la señora con inquietud — que le verás todos los días, que estarás con él cuanto quieras.

Pero como la niña continuaba llorando, cogió de un artistico escaparate un rico *bi-belot* que figuraba una muñeca, y se lo entregó. A pesar de esto, María de los Angeles siguió llorando inconsolable, ocultando su rostro entre las piernas de José, que, en medio de su pena, se esforzaba para consolarla.

—Vé, hija mía — le decía — aquí serás

más feliz que conmigo; la señora es muy buena, te dará muchas muñecas con ricos vestidos, aprenderás á leer y serás una señorita; en cambio yo no puedo darte nada; en mi compañía no tienes porvenir alguno; yo no puedo compartir contigo más que el pan de la miseria.

La niña no comprendía ninguna de estas reflexiones; una sola idea turbaba su imaginación, la de separarse de José; así es que invariablemente respondía á estas reflexiones con las mismas palabras:

—Yo quiero quedarme contigo.

Prolongábase esta escena hacia ya media hora; José no sabía qué hacer para convencer á la niña, y la señora y Elisa desconfiaban del éxito, cuando sonaron dos golpes á la puerta del salón, y oyóse una voz robusta de hombre que pronunciaba estas palabras:

—¿La melancolía está en su palacio y quiere recibir á uno de sus más fieles amigos?

—Entrad, entrad, burlón insufrible, —respondió la dueña de la casa levantando la cabeza.

V.

Abrióse la puerta y apareció en su dintel un hombre, joven aún, de fisonomía simpática, grandes ojos, en los que brillaba la dulzura y la piedad, vestido con elegancia y cubierto con un sombrero, de que se despojó inmediatamente que entró, tirándolo sobre una silla.

—Pero ¿dónde está vuestro esposo, Florencia? Nunca le encuentro en casa—dijo sentándose cómodamente en uno de los sillones colocados cerca de la señora.

A esta pregunta oscurecióse el rostro de ésta, limitándose á contestarle con estas breves palabras:

—No sé.

El joven la miró un instante con compasión, y revolviendo por todas partes sus hermosos ojos negros, exclamó al fijarlos en María de los Angeles:

—Nunca me habíais dicho que tuviéseis una hija tan hermosa. ¿Queréis que sea mi novia?

—Estáis insoportable con vuestras bro-

mas, Emilio;—dijo la señora con impaciencia —si Dios me hubiera concedido hijos, no estaría yo rogando á esta niña hace una hora para que se quede conmigo.

—¿Y tratáis de adoptarla?

—Sí.

—¿Por qué?

—Más que por hacer el bien, por tener alguien á quien amar.

—Dos buenas razones — respondió el joven con una sonrisa burlona;—pero esta niña tendrá sus parientes y no deseará separarse de ellos.

—No tiene á nadie,—y Florencia repitió la historia de María de los Angeles.



Mientras hablaba, Emilio examinaba atentamente el grupo que formaban José y la niña, la expresión burlona de su rostro fué paulatinamente modificán-

dose, reemplazada por una admiración no exenta de ternura; cuando terminó Floren-

cia, Emilio le dijo en tono muy dulce y en voz baja:

—¿Por qué queréis separarles?

—Ya os lo he dicho; ahora reflexionad lo beneficioso que sería para esta niña mi proyecto: conmigo será brillante su posición en el mundo; con él no la esperan más que infortunios.

—Sí, ya veo que queréis destrozar dos corazones: el de un buen hombre y el de su pequeña compañera—respondió Emilio tranquilamente, con el tono de un padre que se dirige á una niña mimada.—Tenéis todo lo que es necesario para ser feliz, y vais á ser en estas condiciones bastante egoísta para privar á dos desgraciados del único bien que la Providencia les ha concedido; ya sé lo que me vais á replicar: me diréis que la niña estará mejor cuidada aquí y que es un gran beneficio el que la dispensais; pero creedme, no se debe buscar la felicidad propia á costa de la ajena; ¿quién os impide favorecerla, educarla, suministrarle toda clase de recursos sin separarles? Traed aquí á ese joven con cualquier cargo, po-

nedla á ella en un colegio de religiosas durante el día; así podréis verla cuando gustéis, ocuparos de ella siempre, sin separarla del sér á quien quiere; hacedlo así; si intentáis otra cosa, esa niña nunca os amará.

—Veamos—dijo Florencia medio convencida por los razonamientos del joven. —¿Quieres quedarte aquí mientras José va á casa á traer lo que tienes allí?

—No, yo quiero ir con él—respondió sin vacilar la niña.

—Veis—repitió el joven—no hay medio de separarles; dejadles marchar reunidos y después meditaad sériamente lo que os propongáis hacer; pero, sobre todo, no dejéis de consultarlo con vuestro marido.

—¿Y qué conseguiré con eso?

—Conseguiréis que Carlos, que como sabéis no es aficionado á los niños, no se disguste al ver aquí instalada de repente á la pequeña.

—Entonces—dijo la señora dirigiéndose á José, que durante este diálogo había permanecido silencioso —¿queréis venir aquí mañana á la misma hora con la

pequeña? ya os tendré buscada una colocación, para que aunque se quede aquí no os separéis.

—Gracias, señora, mil gracias — contestó el inválido.—Anda, da gracias también á la señora por lo buena que es con nosotros,—añadió empujando suavemente á la niña.

María de los Angeles se aproximó con timidez á Florencia, que la cogió en sus brazos y la colocó sobre sus rodillas, diciéndole tristemente:

—¿Con qué no quieres quedarte conmigo?

—Sí, pero con él —contestó en el acto la niña.

La señora la puso en el suelo, contrariada por esta firmeza, y sacando de su bolsillo una pieza de oro de 20 pesetas se la dió á la niña diciéndole:

—Toma, para que te compres lo que quieras.

—Repíte tus gracias, niña, — exclamó José, y sin atreverse á volver la espalda abandonó el salón con la niña, prodigando los saludos y las señales de gratitud.

VI.

Solos ya Florencia y Emilio, quedaron por algunos instantes en silencio; por fin la primera exclamó:

—No dudo que me queréis mucho; pero me habéis dado un gran disgusto con vuestro consejo; sin él, aunque de mala gana, la niña se hubiera quedado aquí, pues ese buen hombre estaba ya resuelto á ello, comprendiendo las muchas ventajas que de esto se le seguían.

—No os faltarán niños á quien adoptar si es este vuestro empeño y la niña desapareciese; pero al tomar esta resolución no debéis olvidar el derecho de vuestro marido á intervenir en el asunto; suponed que no lo hubiese aprobado: vuestra posición era difícil, pues sin su consentimiento, la adopción no era válida, y era á más una crueldad hacerla descender luego del rango á que la hubiérais elevado, aunque no hubiese sido más que por pocos años.

No había aún acabado de pronunciar

estas palabras, cuando llamaron suavemente á la puerta.

—Adelante—dijo Florencia.

—El señor—dijo un criado apareciendo en el dintel de la puerta—envía recado del círculo para que la señora no le espere á comer.

—Está bien; ¡siempre lo mismo!—exclamó con tristeza, apenas había desaparecido el criado—¡siempre sola, siempre abandonada!—repuso, mientras abundantes lágrimas pugnaban por salir de sus ojos.

Emilio respetó sus lágrimas, no interrumpiéndola por espacio de algún tiempo; cuando se tranquilizó un tanto, le dijo acercándose á ella:

—Florencia, ¿no sabéis que mañana es día de Navidad?

—No, por cierto; pero ¿para qué queréis que lo sepa?—añadió con un señalado acento de amargura.

—Este día—añadió con acento solemne—es un día bendito para todos, y no sólo para todos nosotros, sino para la humanidad entera.

—Es verdad —añadió Florencia; — pero para mí pasará tan solitario y monótono como los demás.

—¿Habéis intentado alguna vez que sea distinto?

—No sé lo que queréis decir.

—Escuchad: la fiesta de mañana es para muchos un día de alegría; debiera serlo para todos; pero hay seres infelices para los cuales el aniversario de la venida de Nuestro Señor al mundo no significa nada, porque no tienen nada con que solemnizarla. Ved como ejemplo á José y María de los Angeles: él es seguramente un buen cristiano, mas casi puede asegurarse que no tiene para festejar á la niña, ni para comprar el más modesto nacimiento. ¡Qué sorpresa tan grande sería para ella y qué dicha para los dos el que mañana recibiera uno!

—Os comprendo, Emilio —replicó la señora, enjugando sus lágrimas.

—Pues entonces, marchad á procurar vos misma la dicha de los demás, y mañana, cuando les veáis entrar aquí llenos de alegría á daros las gracias por vues-

tra bondad, me diréis si no ha sido también para vos un día de felicidad el empleado en hacer felices á vuestros hermanos.

VII.

Mientras Florencia y Emilio hablaban así, José y María de los Angeles, instalados en su humilde morada, despachaban una cena tan modesta como frugal.

—¿Sabes—dijo la niña— que es muy hermoso el perro chico de oro que me ha dado la señora?

—Muy hermoso—dijo José.— Yo quisiera tener algún dinero para darte otro, á fin de que pudieras comprar un nacimiento.

—¿Y qué es eso?—preguntó con candidez la niña.

—No me acordaba, pobre ángel,—dijo con tristeza Rafael,—que tú no sabes lo que significan estos días, que han sido, desde que naciste, días de hambre, de dolor y de miseria para tí; ¡ah! espero de la

bondad del Señor que el año próximo haré lo posible para que podamos celebrarlo, y veas aquí la imagen del Niño Dios, venido al mundo para salvarnos del pecado y de la muerte.

—En otro tiempo, cuando era mucho más pequeña—dijo la niña—me acuerdo que mi madre me hablaba mucho de esto, y en estos días me daba algunos dulces; pero nunca tuve eso que llamas Nacimiento, y es lo que yo llamaba un Portal de Belén, con su Niño Jesús tan hermoso; su Virgen y su San José tan humildes; sus pastores tan alegres, y sobre todo aquellos Reyes Magos tan bien vestidos, con sus criados y sus camellos; eso costaba mucho dinero, y yo me contentaba con verlo en los escaparates. Cuando volvía á mi casa, volvía muy triste, y lloraba por no poder acariciar al Niño Jesús en mis brazos; pero mi pobre mamá me consolaba diciendo que al Niño Jesús se le ama con el corazón, aunque no se tenga su imagen, y que amándole así y siendo siempre bueno se va después á vivir con él para siempre.

Dos lágrimas de ternura rodaron por los ojos del pobre inválido al ver la resignación de la niña, y no supo qué decirle. El frío empezó á invadir la guardilla; María de los Angeles apoyó su rubia cabellera sobre el pecho de José y se quedó profundamente dormida; éste con gran delicadeza la colocó en una modesta cama, abrigándola cuidadosamente, y después se entregó al sueño, pero no sin pedirle á Dios, desde lo más profundo de su corazón, que no desamparase á aquel ángel que no tenía en la tierra más apoyo que su pobre y desvalida persona.

VIII.

Al día siguiente, José, después de arreglar á María de los Angeles, y hecho su frugal desayuno emprendió con la niña el camino del hotel de Florencia.

Esta, queriendo poner en práctica el consejo de Emilio, había aprovechado un momento de buen humor de su marido para hablarle del asunto del inválido y

de la niña, refiriéndole la tierna historia de ambos; conmovido éste, sobre todo por la abnegación del joven, otorgó su permiso á su mujer, resolviendo desde aquel instante que José entrase de portero en la casa y María de los Angeles habitase en la misma, hasta ponerla en un colegio para empezar su educación; después, marido y mujer, salieron juntos á comprar un hermoso nacimiento y un espléndido árbol de Navidad; al regresar ocupóse Florencia del cuarto que debía ocupar la niña en el piso segundo del hotel, instalando en una habitación inmediata los objetos comprados, entre el asombro de la mayoría de los domésticos, que no se daban cuenta de lo que ocurría. Carlos, el marido de Florencia, marchó al Círculo, prometiendo solemnemente á ésta regresar para comer en familia, exigiendo que asistiera también Emilio como cooperador de aquella hermosa acción.

Poco después José y María de los Angeles se presentaron en el hotel; Florencia le dió cuenta de lo convenido con su

marido, asegurándole que no se separaría de la niña, entrando de portero en la casa: con lágrimas en los ojos oyó el buen inválido las palabras de la señora, no por lo que á él afectaban, sino por el porvenir que se abría ante su querida niña, recogida en la calle y sin auxilio ni amparo en el mundo: ésta consintió por fin que José marchase solo á buscar sus objetos á la habitación que abandonaban, entregándose sin dificultad á las caricias de Florencia, que empezó por destrenzar sus hermosos cabellos arreglándolos en bucles, que aumentaron la belleza de la niña.

En esta tarea la sorprendió Emilio.

—¡Ah!—exclamó, al ver el grupo—¿habéis domesticado á esa pequeña salvaje?

Florencia volvió á él los ojos llenos de lágrimas, diciéndole por toda respuesta:

—Emilio, este es el día más feliz de mi vida; no sé como hay gentes que se aburren pudiendo hacer bien.

Una hora más tarde, Carlos, Florencia, Emilio y María de los Angeles comían reunidos.

La niña, sentada entre los dos esposos, parecía el lazo destinado á unirles, reanimando en sus corazones un amor enti-



biado, pero no extinguido. En el instante de sentarse á la mesa, había querido Florencia cambiar los pobres y limpios vestidos de la niña con otros nuevos com-

prados al efecto; pero su marido se había opuesto, pronunciando estas nobilísimas palabras, que, como es natural, obtuvieron la aprobación de Emilio:

—Déjala todavía esta noche tal como está; así, representa mejor la imagen de aquel otro niño que, pudiendo elegir, eligió nacer entre los más pobres; al recibirla en nuestra casa y sentarla en nuestra mesa con ese pobre traje, que la ha hecho objeto de tantos desprecios, no parece que la elevamos hasta nosotros, sino que nosotros descendemos hasta ella, por honrar á aquel que vivió y murió para salvarnos, después de escribir en su divino libro esta sublime promesa:

«En verdad os digo que un solo vaso de agua dado á los pobres en mi nombre, no quedará sin recompensa.»





EL ROSCÓN DE REYES

—

Cuando Pepín se pasea por la Rambla con su aya son muchos los que le paran para acariciarle y saber cómo se llama, porque verdaderamente es hermoso como un ángel. Sus padres le miman mucho y no se atreven á negarle nada, lo cual le ha hecho irascible y sobre todo goloso que es una barbaridad.

Tiene seis años. El día de los Santos Reyes convidó á algunos de sus amigos á comer el tradicional roscón, y sus padres encargaron para la fiesta el mayor que se pudiese hacer.

Vestido con sus mejores ropas espera ya en el comedor á sus invitados y se come con los ojos el famoso roscón, que ocupa todo el centro de la anchurosa mesa. Pero sus amiguitos no acaban de llegar, y Pepín cansado de dar vueltas se sienta por fin en una butaca sin apartar los ojos del objeto de sus apetitos, y pensando tristemente que como habrá que partirlo con los demás no podrá ser todo para él solo. ¡Cuánto siente ahora haberles convi-



«Diré á papá y á mamá que estoy enfermo, subiré á acostarme, los otros niños vendrán y se les despedirá, y cuando los criados estén comiendo y papá y mamá entretenidos con gente en el salón, esconderé el roscón en mi cuarto y me lo comeré yo solo.»

Y el pícaro, sin preocuparse poco ni mucho de la alarma que va á causar á sus padres y del desencanto de sus pobres amigos que tendrán que volverse, rabo entre piernas, sube á su cuarto y se acuesta.

Y todo sucedió como él deseaba. Su mamá corre asustada y manda por el médico que, afortunadamente, no está en casa; se explica el caso á los amiguitos y no se les recibe. Ya no le falta sino apoderarse del roscón cuanto antes mejor.

Algunas horas después, cuando el aya le deja solo para ir á comer, sale descalzo de su cuarto, y sin hacer ruido baja hasta el comedor. Pero cual es su sorpresa y su desencanto al ver que el roscón ha desaparecido! Verdaderamente aterrado, y temblando de frío trata de buscar una explicación á lo sucedido, cuando oye un ruido terrible, y vé delante de sí á tres hombres de luengas barbas, envueltos en anchas y flotantes túnicas, ceñida la cabeza con coronas de oro.

—«Egoista, Goloso, Ladron,»—le gritan con voz severa.—Nuestros roscones no

son sino para los niños buenos, y el tuyo, que no has sabido merecer, lo han enviado tus papás á los vecinitos pobres. Mira...



Mudo de sorpresa y de terror dirigió el culpable la mirada hacia la ventana; de la de enfrente salía un vivo resplandor que permitía ver lo que dentro pasaba, y Pepín

distinguió perfectamente á sus vecinos que sentados alrededor de una mesa se repartían alegremente su soberbio roscón. El más pequeño acababa de encontrar la simbólica haba y se veía aclamado rey con grandes demostraciones de júbilo.

Pepín bajó los ojos confuso y colérico: ahora comprende todo lo que ha perdido por su propia culpa, y cuán cara le ha costado su funesta glotonería. Ha causado inútil pena á sus papás, tan buenos, tan generosos para con él; ha sacrificado á sus buenos amigos, y se ha condenado á sí propio á pasar la tarde en la cama; y ¿todo para qué? Para satisfacer su miserable gula. ¡Y pensar que hubiera podido divertirse tanto, y con sus amiguitos! Papá y mamá lo habían arreglado todo tan bien para darle gusto, y hasta se hubiera bailado al anochecer!... ¿Y así les pagaba? ¿Y así les demostraba su gratitud y su afecto?

A esta idea dos gruesas lágrimas rodaron por sus hermosas mejillas y tapándose la cara con las manos rompió á llorar con toda la fuerza del arrepentimiento, porque en el fondo Pepín no es malo.

—Tú has sido muy culpable,—pero el arrepentimiento puede redimir tu falta, dijeron los Reyes Magos, en tono más dulce.

Pepín sollozaba sin contestar.

—Vamos, le dijo el que parecía más viejecito de los tres; á cambio del roscón, ¿qué quieres que te regale en recuerdo nuestro? El niño levantó los ojos llenos de lágrimas y dándole una compungida mirada.

—Nada, dijo tristemente.

—¿Nada? repitió sonriendo el Monarca. Bueno, sea como tú quieras, pero ¿me darás un beso de despedida?

Y al decir esto se inclina hacia á Pepín que le presenta timidamente la mejilla. El Rey la roza apenas con sus labios, y Pepín sintiendo como una leve sacudida..... abre los ojos, y ve al aya, inclinada hacia él.

—¿Le he asustado, señorito Pepín? Estaba V. tan dormido que no he tenido más remedio que sacudirle un poco para despertarle.

El niño la miró atontado.

—Pero ¿qué es eso? dijo ella riendo. ¿Está V. en babia?

—¿Dónde están los Reyes? preguntó Pepín buscándolos con los ojos.

—¿Qué Reyes? replicó el aya asombrada.

—Los Reyes Magos, que estaban aquí hace un momento.

—Pobrecito, que ha estado V. soñando... Vamos, vamos, no piense V. más en los Reyes y venga á saludar á sus amiguitos que le esperan.

—¡Ay Dios mio! ¿Están aquí? dijo Pepín consternado.

—¡Es claro! ¿Qué tiene esto de extraño? Vamos, que le esperan.

—¡Ahora que ya no tengo roscón!

—¿Cómo que no hay roscón? Mírelo V. ocupando todo el centro de la mesa.

Pepín estupefacto levantó los ojos y vió cerca de sí en la espléndida mesa adornada de flores y de golosinas el famoso roscón que ocupaba soberbio el anchuroso centro.

—No lo comprendo, murmuró.

—Yo sí, dijo el aya. Con tanto afán lo contemplaba V. que se ha dormido, y ha acabado por soñar con él... Pero vamos aprisa que nos esperan.

Pepín seguía mirando atónito el roscón, tratando de poner en claro sus ideas, y poco á poco, á medida que la luz penetraba en su espíritu, fueron apoderándose de él la vergüenza y el remordimiento.



El aya tiene razón: todo ha sido un sueño, menos los brutales instintos de gula y de egoismo á los cuales se entregaba misera-

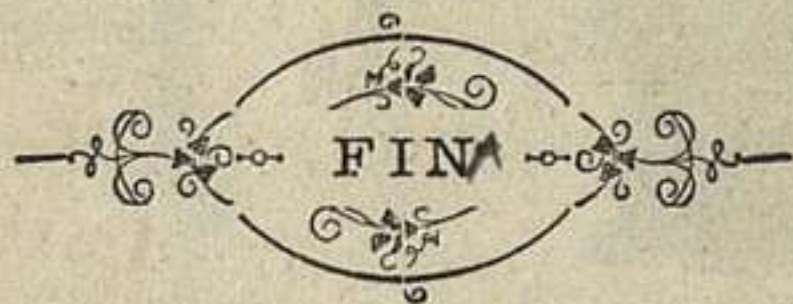
blemente cuando le venció el sueño. Pero la lección no ha sido perdida; desde hoy se corregirá el niño de vicios tan feos, y el sabio aviso le servirá para toda la vida.

—Pero, vamos, que nos esperan, repitió el aya cogiéndole por la mano.

—Ya te sigo, dijo el niño, pero ¿quieres hacerme un favor?

—Ciertamente, señorito Pepín, ¿qué se le ofrece á V.?

—Sube á mi cuarto, coge todo el dinero de la hucha, y compra á los niños de los pobres vecinos de enfrente el roscón más grande que puedas encontrar.





ÍNDICE



	<u>Págs.</u>
CARTA-PRÓLOGO	VII
Flores de nieve	1
El sueño de Rosalía	23
La rosa blanca	31
La hija de los astros	39
La víctima	51
Morita	73
Bebé	81
La virgen de la Esperanza	101
El rey del mar	113
La noche-buena de Elvira	152
María de los Ángeles	173
El roscón de Reyes	210



ARCHIVO
MARIANO

—
Biblioteca

VOLUMEN N^o 3958

